



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. III - Nº 29 Septiembre de 2020



Caballería Angélica



San Gabriel Arcángel – Museo Nacional de Arte de Cataluña, Barcelona, España

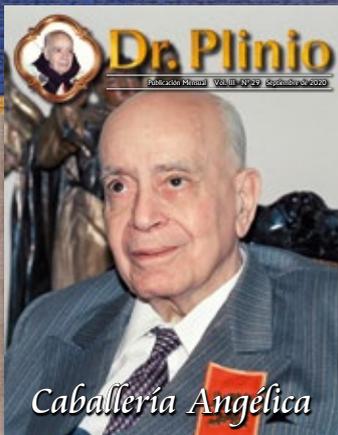
Lucha espiritual llena de amor, amor lleno de dulzura

El Arcángel San Gabriel es quien mejor conoce a Dios y quien mejor comunica este conocimiento. De ahí su papel en la Encarnación. Su conocimiento no es meramente abstracto, teórico, doctrinario, sino que es evidentemente todo amoroso, con un amor que se manifiesta en la lucha entendida así: Lucha espiritual llena de amor, amor lleno de dulzura. Por lo tanto, hay una especie de *proelio* magno en el cual está, como punto de origen y punto de término, el amor.

(Extraído de conferencia de 05 y 12/12/1976)

Sumario

Vol. III - No. 29 Septiembre de 2020



En la portada, el Dr. Plinio en la década de 1990

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Carlos Augusto G. Picanço
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
<http://cabalerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

| | | |
|----|---|---|
| 4 | EDITORIAL <i>Vínculo entre ángeles y hombres “angelizados”</i> | |
| 5 | PIEDAD PLINIANA <i>Oración a San Miguel Arcángel</i> |  |
| 6 | DOÑA LUCILLA <i>Auténtica luchadora</i> |  |
| 8 | EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE DR. PLINIO <i>Factores naturales y preternaturales en la divergencia entre convicciones y vivencias - II</i> |  |
| 11 | REFLEXIONES TEOLÓGICAS <i>El reflejo de Dios en la sociedad temporal - I</i> |  |
| 16 | LA SOCIEDAD ANALIZADA POR DR. PLINIO <i>Unión entre dulzura y combatividad</i> |  |
| 22 | DR. PLINIO COMENTA... <i>Balduino IV, El prototipo del católico - II</i> |  |
| 26 | SANTORAL <i>Santos de Septiembre</i> |  |
| 28 | HAGIOGRAFÍA <i>La severidad de San Corbiniano</i> |  |
| 32 | LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA <i>Lugar donde la Providencia quiso reunir sus maravillas - I</i> |  |
| 36 | ÚLTIMA PÁGINA <i>Guerreros implacables contra el demonio y sus secuaces</i> | |

Vínculo entre ángeles y hombres “angelizados”

Cuando los medievales se referían a los ángeles, utilizaban la expresión “Caballería Angélica”. Decían que los espíritus celestiales fueron los primeros caballeros porque lucharon contra los primeros malos: los ángeles rebeldes.

No nos es fácil comprender cómo habrá sido el *proelium magnum*, ese gran combate trabado en el cielo entre los Ángeles y los demonios. En efecto, ¿cómo un puro espíritu puede luchar contra otro? ¿Cuáles son los recursos de un espíritu para vencer a otro, hasta el punto de precipitarlo en el infierno? ¿Cómo se realiza la expulsión de un determinado lugar de un espíritu por otro?

Por cierto, esta guerra se dio de un modo intrínsecamente mucho más noble que las Cruzadas. Aquellos espíritus angélicos, en el momento en que se disponían a luchar contra los demonios, eran confirmados en gracia y conquistaban definitivamente la corona eterna.

El jefe de la Caballería Celestial es el Arcángel San Miguel que, constituido patrono de los caballeros, resume en sí todo el espíritu de las Cruzadas, de la Caballería y, consecuentemente, todo el espíritu de la Edad Media.

Nos parece tan noble que alguien derrame su sangre por una gran causa; pero la nobleza de un espíritu como San Miguel desplegando toda su fuerza contra el demonio... ¡es algo inimaginable!

Es tal la belleza del Príncipe de la Milicia Celestial, que el intelecto humano no es capaz de captarla – aunque algo podrá sospechar, entrever, conjeturar – a no ser como siendo un escalón para lograr imaginar la infinita perfección de Dios.

Sin duda, también en esta guerra incruenta en la que estamos comprometidos – guerra psicológica, de gracias y carismas contra las tentaciones e insidias diabólicas; de un espíritu de inocencia contra el de complicidad y toda especie de indecencia, de crimen y de fraude de la Revolución – hay mucha mayor nobleza que en la propia Caballería terrena.

Con todo, no seremos capaces de contrarrestar la ofensiva revolucionaria si no fuéramos tales que los ángeles se reconozcan afines a nosotros y nuestros aliados naturales; sin que establezcamos con la Caballería Angélica una consonancia gracias a la cual los celestiales guerreros vengan a luchar con nosotros y dentro de nosotros con una tal naturalidad como si el abismo que nos separa de ellos no existiera.

Este vínculo entre ángeles y hombres, y de hombres por así decir “angelizados” entre sí, actuando sobre la opinión pública en un sentido contrarrevolucionario, en continuidad con la Caballería Celestial, es lo que debe caracterizarnos.*

* Cf. Conferencias del 16/10/1970, 12/2/1978 y 6/10/1981.



DECLARACIÓN: Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.

Samuel Holanda



San Miguel vence a satanás – Santuario del Monte Saint-Michel, Francia

Oración a San Miguel Arcángel

San Miguel Arcángel, ved cuánto hay, en nuestros días, una fortísima presencia preternatural. Quebrad el poder y la eficacia de esa presencia por la acción de vuestra fuerza. Vos, que arrastrasteis en la lucha contra los espíritus revolucionarios a las cohortes vencedoras de los Ángeles contrarrevolucionarios, aumentad en nosotros la Fe, la rectitud de la inteligencia, la firmeza de principios y la combatividad heroica, de manera que discernamos cada astucia del demonio, formando en nuestra alma una execración perfecta que aplaste, inutilice y expulse a los dragones infernales. Amén.

(Compuesta el 2/12/1973)



Auténtica luchadora

Doña Lucilia poseía convicciones firmes, y lo que ella consideraba como verdadero provenía de una reflexión calmada y minuciosa, tras haber visto y examinado en las cosas de la vida hasta qué punto aquello correspondía a grandes horizontes y era opuesto al mal.



Archivo Revista

Si mi formación como luchador, y todo cuanto pueda haber en mí de bueno, se debe a algo en lo que la acción profundamente católica de mi madre estuvo presente, entonces debo narrar un poco como era ella en cuanto luchadora.

Distancia calmada, fría y cortés con los malos...

La idea que generalmente se tiene del luchador es la de un individuo rabioso: Ve algo con lo que no está de acuerdo y enseguida estalla de ira. Y cuando está realmente ardiendo de ira, es que está en el auge de su condición de luchador. Entonces entra en la lucha por impulso, por atracción, y encuentra el deleite de ser un luchador en el hecho de dar rienda suelta a la rabia que lo domina. Todo esto era lo contrario del modo de ser de Doña Lucilia como luchadora.

Ella era una persona de convicciones firmes. Es decir, lo que mamá tenía como algo verdadero era fruto de una reflexión tranquila y minuciosa después de haber visto – al examinar las cosas de la vida – en qué medida eso correspondía a grandes horizontes y era opuesto al mal. Así como ella amaba el bien y quería que todo

mundo lo practicara, detestaba el mal y deseaba que todo mundo lo evitara.

Cuando una persona era adepta al mal o secuaz de él, ella no hervía de ira contra ella, pero consideraba el mal que había en esa persona con toda lógica:

“Tal persona hizo esto o piensa de esa manera. Lo que hizo, dice o piensa es malo por estas y estas otras razones tomadas de la doctrina católica, de la experiencia de la vida, etc. Si esto es así, tengo una posición opuesta a esa persona, y absolutamente no voy a establecer relaciones próximas con ella, no la haré mi amiga, pero viviré a una distancia calmada, fría y cortés de esa persona.

“Evitaré altercados y discusiones, a no ser cuando mi obligación sea luchar e indicar lo que está errado. Entonces hablaré y estableceré la discusión. De lo contrario me mantendré en una calma perfecta, pero a mi alrededor haré todo cuanto pueda para que tal idea no sea aceptada, tal ejemplo no sea aprobado, tal modo de proceder no se repita, pero hablando con calma respecto de esa persona: Ella tiene tales cualidades, pero, pobrecito, posee tal defecto. Y ese defecto tiene tales y tales consecuencias, por lo que ocurre que él está expuesto, de un momento para otro, a hacer tal o cual acto ilícito”.

“Como no se puede hacer una acción ilícita ni desear el mal, tengo que mantenerme apartada de esa persona. La saludaré amablemente y cortésmente, no la maltrataré, pero estableceré una distancia fría. Si se quiere, una distancia como la luz de neón que ilumina pero no acalora. Y entre esa persona y yo queda un espacio, pero un espacio frío que demuestra distancia y dentro del cual se lee por todos los lados la palabra no, no y no”.

Ese era el sistema que ella empleaba y yo me habitué desde muy temprano a ver ese sistema.

...que se vengaban de ella aislándola

Ella llamaba mi atención respecto de aquel o de aquel otro, para irme formando con el fin de que yo comprendiera cómo eran las cosas. En el modo de ella hablar yo comprendía la calma que debería tener ante el mal, pero también la irreductible frialdad y hostilidad ante quien no se convierte y no cambia de conducta. Y debido a eso también una distancia, que ponía entre esa persona y yo un vacío. Y ese vacío hacía que el otro quedase enemigo mío.

Doña Lucilia, siendo una señora – la vida de las señoras en aquel tiempo era muy ceremoniosa y más reverente – no era inclinada a polémicas y vivía en la tranquilidad de la vida de familia, pero la venganza de los malos contra ella era el aislamiento.

Entonces, cuando ella tomaba una actitud sistemática contra un defecto, las personas que tenían aquel defecto se aislaban de ella, retribuyendo así del mismo modo la actitud de ella. Esto mi madre lo veía perfectamente pero le parecía enteramente normal.

Si ella estaba de un lado y el otro se ponía en el lado opuesto sin derecho ni razón para hacerlo, pero lo hizo, ella como que decía “quédese



Archivo Revista

allá que yo permanezco aquí y serviré a Dios de este lado, y usted servirá al demonio del lado de allá”.

Obsérvese la fotografía de ella que fue tomada en París, en la que está relativamente joven, sentada en un banco de jardín y posando levemente su rostro sobre la mano. Doña Lucilia está pensativa, haciéndose un juicio respecto a alguna cosa o sobre alguien. Está entre un sí y un no, un rechazo o una aceptación. Va a concluir algo y a trazarse una norma para su vida.

Nótese la serenidad con que está ahí, la tranquilidad, la dignidad. Pero también la intransigencia: no cambiará. La resolución tomada por una razón precisa la conservará durante la vida entera.

Fue así como yo la conocí hasta el fin de sus queridos e inolvidables noventa y dos años de vida.

Poner a los adversarios en el suelo de manera amable

Por temperamento no soy una persona violenta; soy muy tranquilo e incluso afectuoso. Pero tuve que aprender de ella que, aunque afectuoso, es necesario ser irreductible. Y eduqué mi temperamento calmado en la batalla

de quien se dedicó a un ideal, que vive para él, lucha contra quien lo ataca y hace todo a favor de quien lo apoya; el mundo se divide entre buenos y malos, acertados y desacertados, católicos y anticatólicos. Y es necesario tomar posición y después enfrentar. Pero enfrentar con amabilidad siempre que sea posible; y si no se puede enfrentar con amabilidad, enfrentar con fortaleza, lo que naturalmente, en mis tiempos de niño, de estudiante y posteriormente de hombre ya maduro se hacía con mucho más vigor del que se usaba entre señoras.

¿Y a través de qué medio? Aprendiendo a ser lógico, a raciocinar de tal manera que, puesto un raciocinio, el adversario no sepa cómo refutarlo.

He escrito innumerables cosas en mi vida y, con cierta frecuencia, las personas con las que entro en desacuerdo me responden, pero muchas veces ni siquiera entran en la discusión porque pronto se dan cuenta de que van a ser derrotadas. Y si comienzan a discutir, yo, con mucha calma, de un modo siempre amable, invoco el buen sentido.

Supe recientemente que una alta personalidad del mundo católico brasileño, queriendo decir que yo le hacía una zancadilla, afirmó: “Plinio es así. Escribe un artículo contra una persona que comienza a leerlo. Un artículo tan amable que ella hasta se siente agradada. Pero cuando llega al final, la persona está postrada en el suelo porque se quedó sin argumentos. Él serruchó el piso debajo de nuestros pies. Y no queda otra alternativa que quedarse quietos porque ya no hay nada qué argumentar”.

Me parece que es el modelo perfecto de la cortesía y la combatividad. Echar al suelo de modo amable, y asunto terminado. ❖

(Extraído de conferencia de 26/2/1994)



Factores naturales y preternaturales en la divergencia entre convicciones y vivencias - II

El fenómeno de subversión psíquica en la humanidad es tan singular, simultáneo y universal que no podría ser producido, al mismo tiempo y en circunstancias tan diversas, sin un factor o un complejo de factores, idéntico a sí mismo, en todas partes. Es sumamente probable que sea causado principalmente por un factor preternatural.

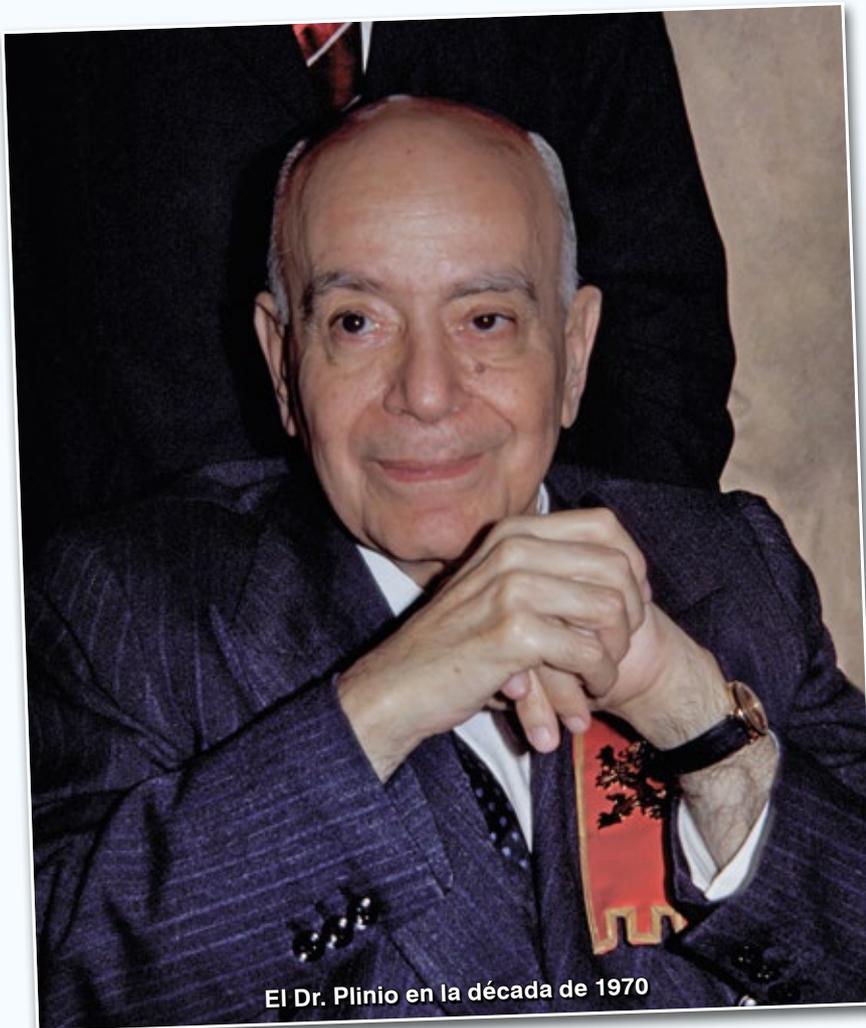
Certezas que presenta el buen orden interior

En el ejemplo de la fiebre que di anteriormente¹ me expresé, sobre todo, con mucho cuidado en un pormenor: no dije que puedo tener certeza de estar con fiebre o no. Puedo tener certeza de no tener 42 grados de fiebre, lo que es una cosa muy diferente. Porque cualquiera de nosotros puede engañarse. Se pone el termómetro, y de repente está con 37,5 grados, por ejemplo. Es una cosa posible. Aún más, 42 grados no es una broma, es el auge de la fiebre.

El origen de esa certeza de no estar en el extremo de la enfermedad proviene de una tal o cual transparencia del testimonio interno, que posee toda la seguridad de una evidencia indiscutiblemente auténtica. Es como cuando alguien llena los pulmones con aire. La persona tiene la certeza de que está respirando y llenando sus pulmones. No hay discusión, es eso mismo.

La persona puede no estar segura de su perfecta salud, pero cuando se refiere al extremo de la enfermedad, tengo un testimonio interno que me dice que no estoy en ese extremo. Son certezas

Archivo Revista



El Dr. Plinio en la década de 1970

que el buen orden interno presenta, y que son las primeras evidencias, anteriores a cualquier raciocinio.

En las nuevas generaciones – no digo que sea siempre, pero si en muchos casos – esa certeza no es tan grande, es una certeza vacilante que, frente a una afirmación muy categórica en sentido contrario, puede parecer duda. Ahora bien, tener un gran conjunto de evidencias primeras es elemental para el buen desarrollo del espíritu.

El raciocinio debe hacer el control de las evidencias primeras

Se pregunta: ¿Cómo ese conjunto de evidencias se tornó tan débil? Pretendo tratar de eso ahora.

Debemos hacer una distinción entre la certeza básica saludable, objetiva, que nos da la percepción clara, indiscutible de la realidad inmediata, y que es previa al propio raciocinio, de acuerdo con la Filosofía de Santo Tomás. Y después la certeza racional que es hija de esas certezas iniciales. Porque el raciocinio no es el primer paso de la elaboración mental. El raciocinio es una conclusión sacada de dos premisas. Luego en el inicio del proceso mental hay premisas, y después de ellas salen las conclusiones.

Cuando las premisas son muy saludables y bien adquiridas, el raciocinio solo se vuelve sobre las premisas para controlarlas por una conveniencia metodológica, pero no tiene una verdadera preocupación. Porque la persona tiene esa certeza y no concibe la menor duda al respecto. Y esto porque las certezas, las evidencias primeras, son superiores a la razón.

Es propio a la razón conjugar las certezas primeras y controlar el mecanismo de las evidencias primeras. Porque, como existe la posibilidad de una ilusión por la que algunas certezas primeras no se diferencian tan claramente de lo irreal como las otras, el raciocinio las controla. En el

texto leído², el autor censura precisamente el hecho de que no se haga ese control, de manera que algunas certezas evidentes, pero falsas, no se distingan de las verdaderas.

En el fondo del proceso de inseguridad de la “generación nueva” se da un fenómeno simultáneo, por el cual hay una especie de debilitamiento de ese cuerpo inicial de certezas y la posibilidad de aceptar como válidas certezas enteramente arbitrarias, por causa de una intrusión del raciocinio. Por lo tanto, la distinción sensible entre lo que es verdaderamente evidente y lo que no es desaparece; la razón, que podría controlar esta confusión y restablecer el orden, también se paraliza y se suspende. El resultado es que entran afirmaciones gratuitas en el espíritu humano.

En mi opinión, se trata de un fenómeno universal que se presenta con una apariencia, por lo menos, de irreversibilidad, porque por más que se utilicen medios para convencer a una persona, no se consigue eliminar una impresión errónea.

Circunstancias de la vida moderna

Además, no es una anomalía accidental y pequeña, sino profunda. Es una inversión profunda del orden de las cosas en un campo capital, porque ese es uno de los campos capitales de la estructura mental del hombre. Entonces, se trata de un fenómeno que, en el orden psicológico, es tan anormal como lo sería, por ejemplo, en el orden físico, que todos los hombres naciesen tuertos. Sería una irregularidad gravísima en materia visual.

Esa irregularidad gravísima y universal puede tener varias causas o una sola causa. Pero ese complejo de causas, a causa de la anomalía del fenómeno, es uno solo para todo el mundo, porque un fenómeno tan singular, simultáneo, universal, no podría ser causado al mismo tiempo y en las circunstancias más diversas, a no ser por

un factor o un complejo de factores, idéntico, en todas partes. Esta es la primera conclusión que se debe sacar.

Existe la eventualidad del factor preternatural. Entretanto, hay una regla de sentido común, según la cual, sólo debemos apelar a una explicación preternatural o sobrenatural cuando la natural parece imposible. Entonces, aparece la hipótesis de apelarse para otro factor que no sea de orden natural.

Podríamos preguntar si no son las circunstancias de la vida moderna las que preparan esa gravísima subversión psíquica en la humanidad. Por lo tanto, si métodos psicológicos, de orden natural, no podrían explicar eso.

Si eso es verdad, deberíamos llegar a la conclusión de que, probablemente, cuanto más un determinado ambiente está cargado de influencias modernas, tanto más ese hecho se notaría; y cuanto más tenues sean esas influencias, tanto menos ese hecho se notaría.

Ahora bien, no hay ninguna certeza de que eso sea así. Hay un hecho parecido con este, pero no es propiamente así. Es decir, adonde llegó la influencia de la Revolución, notamos que ese hecho se da en profundidad. Adonde tal influencia no llegó, verificamos que ese hecho se da en profundidad mucho menor.

Influencia de la Revolución

Me explico. En ciudades muy pequeñas, donde la influencia de la Revolución, muy distante, no penetró, es de admitirse que ese hecho sea menos profundo. Donde la influencia de la Revolución penetró, ese hecho se presenta con toda la intensidad, a pesar de que las condiciones de vida de esa ciudad pequeña no traigan consigo esa consecuencia.

Tomen una ciudad cualquiera donde termina un ferrocarril, o una carretera. Si allí llegó el espíritu de la Revolución, a pesar de que la vida de esa ciudad sea tranquila, que no haya exceso de tránsito, ni estremecimiento económico, in-



certezas de condiciones de vida, ni la angustia contemporánea, incluso allí ese hecho se acentúa, al menos cuanto pude verificar. Sucede que, en general, la Revolución no llega muy a fondo en lugares así. Pero cuando ella llega, ese hecho se da de la misma manera que en los grandes centros. Lo que lleva a juzgar que la cosa es más hija de una influencia de la Revolución que de las condiciones de vida contemporánea.

Ese es, naturalmente, un examen sumario, no enteramente taxativo, decisivo. Ese examen sumario a mí me lleva a creer que muy probablemente las cosas son así.

¿Qué tiene la Revolución, considerada en cuanto desconectada de las condiciones de vida que ella misma creó, para que ella produzca esos efectos?

Los hechos naturales no lo explican todo

Podríamos hacer la siguiente objeción: Los comunistas tienen una dosis de espíritu revolucionario mucho más intensa que los burgueses. Luego, los hijos y los nietos de comunistas – en linajes comunistas de padre para hijo y para nieto – deberían tener esa deformación psíquica mucho mayor que los hijos y nietos de los burgueses.

Sin embargo, esa tesis absolutamente no parece que sea verdadera. Habría, por lo menos, interrogantes muy fuertes a levantar, y admitir que la causa de esa deformación psíquica se debe pura y simplemente a la ideología revolucionaria o a un ambiente apenas revolucionario. Seríamos llevados a admitir la presencia de otra causa.

Una pequeña ciudad penetrada por el espíritu de la Revolución toma contacto con gente que ya tiene esa mentalidad. Y esa mentalidad, entonces, intoxica la pequeña ciudad. Deberíamos pensar que esas personas portadoras de esa mentalidad tienen una capacidad prodigiosa, y eso tampoco es verdad. No hay ninguna razón para pensar especialmente que eso sea así.

Haciendo un examen que, por algún lado es muy atento, y por otro no abarca todas las posibilidades menores, más rebuscadas – abarca apenas la línea general –, se diría que no es fácil encontrar una causa natural que, solamente ella, produzca todo eso. Que haya hechos naturales que contribuyan a producir eso, yo concuerdo. Pero que solo ellos causen esto, me parece muy discutible.

Entonces, somos llevados a preguntarnos si un factor preternatural podría producir esto. Y, para que nuestro examen sea completo, ya que levantamos una hipótesis más allá de la naturaleza, también deberíamos preguntarnos si el factor sobrenatural podría ser responsable por eso. Ahora bien, cuando hablamos del factor sobrenatural como responsable por eso, rechazamos la idea con horror. Porque comprendemos que esto es un desorden, que no puede ser producido por el factor sobrenatural auténtico, que, por su naturaleza, es ordenador.

Acción preternatural

Entonces, sólo puede ser preternatural, pues este produce desorden. Sucede que el hombre, frente a impresiones causadas o acentuadas por un efecto preternatural, tiene comportamiento muy parecido con ese. Es decir, cuando el hombre es tentado por una forma de tentación, como suelen ser todas las tentaciones – o casi todas –, donde se acentúa mucho una determinada impresión, se dan en él todos esos hechos. Por una parte, la sugestión le hace parecer como evidente algo que no lo es; y por otra parte el raciocinio se suspende y queda incapaz de la crítica, y necesita tener una ascesis firmísima para escapar de esa acción. Ascesis tan firme que, según los autores espirituales, para un hombre muy tentado, consiste en no pensar en el asunto, hasta que pase la tentación. Porque si piensa en el asunto, se va a dejar dominar por esta impresión, de tal manera el mecanismo intelectual

está apretado, contrariado, coartado en su eficacia normal, por la tentación.

Un ejemplo. Una persona desconfiada va caminando, y escucha que alguien dice algo, y desconfía que aquello se refiere a él. Da algunos pasos más y el demonio, porque quiere llevarlo al homicidio, le susurra: “Eso se refiere a usted”. Entrando el demonio, inmediatamente una porción de impresiones que la persona tuvo con aquello se perturban, se complican y la persona ya no es capaz de decir con claridad lo que escuchó y lo que no escuchó. Pero queda con la falsa evidencia de que oyó una cosa que, bien analizada – y entra ahí un análisis erróneo –, va a llevarla a la conclusión de que aquel individuo dijo aquello; y concluye que es necesario matarlo. La persona va y lo mata. En el origen del crimen de homicidio hubo un fenómeno de esa naturaleza.

Entonces, la pregunta sigue siendo si no habrá una acción preternatural, toda vez que una causa meramente natural es muy improbable, y que la acción de los espíritus malignos acostumbra ser así. Ahora bien, eso favorece mucho el juego del demonio y de la Revolución. Resultado: ¿El demonio no habrá hecho eso?

Si hubiese un proceso psicológico – y aquí entra la certeza –, el demonio cabalga ese proceso. Porque siempre que entra una tentación natural, la sugestión demoníaca se conjuga a ella, y el factor preternatural se introduce. Luego, se puede afirmar la existencia de una importante dosis preternatural en el fenómeno arriba descrito. ❖

(Extraído de conferencia de 6/4/1973)

- 1) Cf. Revista Dr. Plinio No. 28 – agosto de 2020, artículo *Factores naturales y preternaturales en la divergencia entre convicciones y vivencias – I*, página 25.
- 2) Cf. Revista Dr. Plinio No. 28 – agosto de 2020, artículo *Factores naturales y preternaturales en la divergencia entre convicciones y vivencias – I*, página 27.



El reflejo de Dios en la sociedad temporal – I

J.P. Bratão

Hay espíritus de vista corta y otros de grandes horizontes. Unos se interesan solamente por lo que está a su alcance, otros tienen pensamientos mucho más altos que ellos. Excepto vocaciones muy especiales, la perfección está en saber contemplar tanto lo grande como lo pequeño, pues las perfecciones de Dios se reflejan en todas sus criaturas. También las obras salidas del talento humano reflejan las perfecciones divinas, pues cuando la persona está muy asumida por la gracia, propaga en su entorno una acción de presencia a veces indefinible.

Hay individuos con una mentalidad tal que, naturalmente hablando, se tiene la impresión que consideran las cosas como si ellos fueran el centro del universo. El centro de todas sus atenciones, preocupaciones, deseos, de to-

do lo que entienden, es lo que ellos son, lo que quieren hacer y lo que les conviene. Lo que es de un ámbito más alto, pierde interés en la misma medida en que se aleja de ellos. De tal manera que un hecho sucedido a gran distancia no les interesa.

Un aspecto del alma humana finamente descrito por Eça de Queiroz

Es conocido el tema de Eça de Queiroz describiendo la historia de



un almuerzo en Portugal, en que habla del “pie de Luíza Carneiro”. En dos palabras, habla de que en una casa con cierta distinción del interior de Portugal – aquel interior tan tranquilo, tan amplio, tan rico, tan tranquilo sobre sí mismo – termina un almuerzo de domingo. La comida estuvo espléndida, asistieron varios invitados de la familia, y pasaron todos a una sala contigua para conversar. Pero el peso del almuerzo generoso de la comida portuguesa, que es muchas veces difícil de digerir – hay un restaurante en Lisboa que se llama “Ao Farta Brutos” (El Harta Brutos), donde hubiera comido si supiese que existía cuando estuve allá –, provoca sueño; a medida que el sueño sube, la conversación va muriendo. Por educación, las personas dicen aquí y allá alguna palabra, la cosa se arrastra...

Llega el cartero repartiendo los periódicos, y alguien lee una noticia sobre un desastre tremendo en China. Un río se desbordó y, digamos, cien aldeas quedaron sumergidas ahogándose no sé cuántas vidas, destruyendo ca-

sas, sembrados, cultivos, obras de arte, pagodas. Fue una catástrofe, pero en la sala hubo un desinterés general.

Y Eça entonces cuenta, con aquella habilidad que tenía para describir la realidad, todo mundo oía aquello con una pena platónica de los chinos, porque China está muy lejos de Portugal, es casi otro mundo. Sobre todo en aquel tiempo, con un telégrafo insuficiente, en que la comunicación era por barco; aún no había avión.

De repente entra alguien trayendo una noticia: Doña Luíza Carneiro, que esperaban para el almuerzo, pero no apareció, y no dio explicaciones – no había teléfono–, mandaba un recado pidiendo disculpas. Ella se había caído en la calle y se había quebrado el pie. Como Doña Luíza Carneiro era amiga de todos los que estaban ahí, fue un alboroto:

– ¿Pero Doña Luíza Carneiro se quebró el pie? ¿Qué habrá pasado?

Mandan inmediatamente notas, recados para Doña Luíza Carneiro. Y el sueño, que la catástrofe de los chinos no había sacudido, ¡el simple pie de Luíza Carneiro lo sacudió!

Eça, muy finamente, pone punto final y no comenta el hecho. Queda entendido lo paradójico del alma humana, como lo quiso indicar ahí: una catástrofe, absolutamente hablando, grande, sucedida en China, para el hombre común es como si no hubiera nada.

¿Por qué? Porque no se trata del círculo entorno al cual se mueve, pues piensa que él es el centro de todo. Al contrario, el pie de Luíza Carneiro que en sí es algo insignificante, una señora que, por las calles tranquilas de una aldeíta de Portugal, se cae, se quiebra el pie, queda con la pierna inmóvil dormitando el domingo en casa. Es una bagatela, pero la consideran muy importante porque se

trata de una persona de su medio. Y como eso está cerca de ellos, el pie de Doña Luíza Carneiro vale mucho más que todo el desastre ocurrido en China, que está distante.

Los hombres de espíritu corto y los de grandes horizontes

Aquí se señala un vicio del espíritu humano. Ese vicio es: las cosas le importan al hombre en la medida y en el sentido en que hablen a su respecto. Lo que nada dice a su respecto no importa en ningún sentido y en ninguna medida.

Esos son los espíritus cortos, más o menos como hombres afectados por una fuerte miopía, y que no ven más allá del espacio necesario para moverse. O sea, no consiguen distinguir los horizontes mayores a sí mismos, porque no lo necesitan, no sienten falta. Andan cómodamente. Si para coger los objetos, leer algo, moverse, perciben lo estrictamente necesario, poco les importa saber cómo son las estrellas, los horizontes, como es el mar.

Hay otro tipo de hombres que son lo contrario. Sólo se interesan por los grandes horizontes, por las grandes cosas, por aquello en que ellos no están en el centro. Tienen un gusto enorme de eso, al punto de descuidarse, a veces, con aquello que les es inmediato. Entonces, se ven con frecuencia artistas, poetas, grandes generales, diplomáticos, etc., que dejan la familia en la miseria, que no cuidan de sus propios intereses personales, y viven con la cabeza puesta en cosas que están muy por encima de sus pensamientos inmediatos.

¿Esto es un defecto o una cualidad? A primera vista, se diría que es un defecto, porque el hombre debería ver lejos y cerca. La vista que es buena, proporcional, ve las estrellas normalmente y lee la letra pequeña del periódico, sin auxilio de lentes. Sabe observar una hormiga y ver una montaña, a lo lejos, así como lo que sucede en la



José María de Eça de Queiroz



Santo Tomás de Aquino en la mesa con el Rey San Luis IX - Convento de Santo Domingo, Lima, Perú

montaña, sin necesidad de lentes. Esa es la visión perfecta; observa todo lo que interesa a la vista humana.

Santo Tomás de Aquino, llamado a preocuparse exclusivamente con las cosas del Cielo

En verdad, hay hombres que tienen una vocación especial. Nuestra Señora los llama a ver de lejos y no preocuparse con lo que está más cerca. En una vocación especial esto representa una cualidad, porque significa una tal entrega a lo que está más alto y más lejos, que parecieran volar, siendo más Ángeles que hombres. Existen santos así.

Es bien conocido el episodio en que San Luis, Rey de Francia, invita a Santo Tomás de Aquino a un almuerzo. Es una honra ser invitado a la mesa del Rey. El superior de los dominicos va con Santo Tomás de Aquino y comienza la conversación, San Luis presidiendo. Todo el mundo tiene obligación de estar atento a lo que di-

ce el rey, pues él es quien conduce la conversación. A propósito, San Luis tenía muy buena prosa, era muy buen interlocutor, pero Santo Tomás se sumerge en sus preocupaciones y se olvida que está en la mesa del Rey. Y él, que era corpulento, de repente da un puñetazo en la mesa y dice:

– ¡Ergo, conclusum est contra manichæos!

“Por tanto, está concluido contra los maniqueos”, que eran herejes de su tiempo, más o menos gnósticos. El Superior le llama la atención:

– ¡Fray Tomás, Fray Tomás!

San Luis:

– Fray Tomás llegó a alguna gran conclusión. ¡Traigan rápido material para escribir, para anotar su pensamiento!

Vinieron rápidamente personas que anotaron las palabras de Fray Tomás. Después, normal y tranquilamente entró en la conversación. Una luz nueva había nacido en la Iglesia: nuevos argumentos contra los maniqueos. Fraile, llamado al abandono de las cosas de esta tierra, a preocuparse exclusiva-

mente con las del Cielo, Santo Tomás de Aquino evidentemente hizo bien de, en la propia mesa del Rey, no mirar al monarca. Más terrible aún: ¡En la mesa del Santo, no mirar al Santo! Se olvidó de todo, buscando atrapar a los maniqueos y probar sus errores.

Santos atentos a los sucesos de este mundo, pero absortos en Dios

Pero han habido Santos que Dios llama para otra forma de perfección. Es muy conocido este hecho: Santa Teresa de Jesús estaba preparando un almuerzo para las monjas y tuvo un éxtasis en que fue arrebatada a los Cielos en espíritu y tuvo una altísima visión – ella era una gran mística, con visiones totalmente transcendentales –, en la que contempló a Dios, mientras hacía panqueques. De repente, la auxiliar de la cocinera entró, la vio en éxtasis, en la gloria de Dios, y batiendo correctamente el panqueque para las monjas.

La acción de ella – no absolutamente hablando, pero sí en este pun-



to – era más alta que la de Santo Tomás, porque este estaba pensando en los maniqueos, y ella, viendo a Dios cara a cara. El Creador le hablaba en ese momento y le ayudaba a batir los panqueques. Ella, por espíritu de disciplina y por el sentido de las cosas, tenía un éxtasis místico y, al mismo tiempo, estaba haciendo los panqueques.

Tal vez más característico aún, sea lo que se dice de San Ignacio de Loyola, a respecto de lo siguiente: él calculaba muy bien el pro y el contra de todo lo que hacía y, por tanto, cuál sería la razón última de una convicción formada o de una deliberación tomada. Por ejemplo, en el simple acto de pasar por delante de un novicio de la Compañía de Jesús – por tanto, lo más modesto que hay en la Compañía – y quitarse el birrete ante él; San Ignacio podría llenar una hoja de papel con, digamos, quince motivos pros y dieciocho contra, explicando por qué saludó o respondió el saludo, con ese o aquel matiz. Es decir, tenía una visión agudísima de lo que le era inmediato, pero sin haber perdido la noción, en ningún momento, de aquello que es el verdadero centro de todas las cosas: Dios Nuestro Señor.

Esta exposición muestra varias familias de almas. San Ignacio, actuando con la finura de un político, de un ultra político – estoy seguro de que un Talleyrand o un Metternich no sabrían calcular tan bien un saludo como él –, estaba enteramente situado en los sucesos de este mundo. En el extremo opuesto, podemos imaginar a Santo Tomás de Aquino pensando, no en los panqueques, ni en el Rey de Francia, el Santo que tenía al frente, sino exclusivamente en los maniqueos.



Santa Teresa de Jesús - Monasterio de Santa Teresa, Ávila, España

Las perfecciones divinas reflejadas en el talento humano

Es enorme la gama de variedades donde se reflejan las perfecciones infinitas de Dios. Entonces, se entiende que haya gente que preste atención en todo, en este sentido de la palabra: todo aquello que Dios creó, que es conforme a Él y fue hecho para ser visto por el género humano. Este es el principio general.

Es necesario que haya hombres con un modo de ser para ver cada cosa. Unos ven más en una cosa, otros ven más en otra, pero todo es materia para ser contemplada muy atentamente por determinado tipo de hombre.

Doy un ejemplo modesto. En la vida doméstica, no hay cosa más común que una cucharita de café. La diver-

sidad de formas, de estilos de cucharitas de café que se han fabricado en el mundo, desde que hay café, es tan grande que se podría hacer un museo enorme con las diversas variedades. Y el hombre hizo mil obras de arte y mil horrores con cucharitas de café. Es decir, la cucharita de café es una criatura indirecta de Dios, porque fue modelada por aquellos que fueron creados por Dios. ¡Sólo en función de ese objeto el talento humano cuántas modalidades inventa! ¡Cuánto ha pensado el hombre con respecto a las cucharitas de café! Es un cierto tipo de hombre. Dios quiere que algunos tengan un espíritu hecho para eso.

En algunos lugares de Europa se hicieron cucharitas de café tan magníficas, que en Austria llegó a pasar esto: al final de ciertas recepciones, a veces con más de un millar de invitados, el Emperador de Austria mandaba a sus lacayos a brindar café, y la cucharita era de oro. Tan bonita era esa cucharita que ya se

sabía, por tradición, que los convidados tenían derecho para llevársela a la casa. Era un regalo del Emperador.

Con seguridad, viendo esas cucharitas de café, que se encuentran frecuentemente en cualquier lugar, nunca les pasó por la cabeza que hubiera algo de eso.

Consideren otra cosa: un salero, el objeto más común que puede haber en el mundo. Pues bien, la variedad de saleros que existe es simplemente inimaginable; se podría hacer un museo de saleros.

Imaginemos un comedor de los antiguos tiempos. Cada comensal podría aproximar una cucharita y poner en su propia comida la sal que quiera. En la mesa, candelabros, lámparas con velas colgando del techo, con aquella vacilación de la luz que va y viene, el sale-

ro brilla como una montaña de cristal en medio de la mesa, al reflejo del oro.

Es un objeto tan pequeño, tan modesto. Entre tanto, todo lo que es para el uso del hombre ha sido pensado, elaborado y hecho; de un modo magnífico en algunos ejemplares, bueno en otros, decente en otros, y de un modo indecente cuando es hecho por la Revolución. O sea, hay toda una escala. Y hasta lo indecente que la Revolución hizo le sirve al hombre, porque es útil para comparar y detestar. De manera que hasta eso le sirve a los justos.

Un paseo de Nuestra Señora por Tierra Santa

De ahí se saca la siguiente conclusión: Dios hizo en la tierra los hombres y por debajo de ellos el reino animal, el vegetal y el mineral. Además, creó una forma de vida que vale más que el propio hombre: la vida sobrenatural de la gracia.

Cuando la persona está muy impregnada por la acción de la gracia – más adelante recordaré qué es la gracia –, se difunde a su alrededor una como que luz, a veces visible, otras veces invisible; una como que acción de presencia, a veces definible y otras veces indefinible, gracias a la cual la persona parece revelar algo en sí, que es superior a su propia naturaleza humana.

Y esto se nota mucho imaginando a Nuestra Señora caminando, por ejemplo, por un valle florido de los famosos lirios del campo; es casi imposible dejar de suponer que a medida en que Ella iba pasando, por acción de su presencia, las flores se abrieran más, quedarán más blancas, se volverán discretamente a Ella y exhalarán un perfume más intenso. Porque había en la Santísima Virgen, en grado proporcionado a su dignidad incomparable, algo de sobrehumano,

o sea, superior a toda naturaleza, pero atrayendo todo lo que es inferior.

Es posible imaginar que también otros seres reaccionaran cuando Nuestra Señora pasaba; los recién nacidos paraban de llorar y comenzaban a agitar sus manos hacia Ella; los corderos, símbolo del Cordero de Dios, se acercaban e iban quedando más blancos en la medida en que se iban aproximando; los leones la miraban y quedaban, de repente, suaves y mansos como si fueran pájaros, pero después rugían a lo lejos para defenderla contra un adversario imaginario, y con una fuerza duplicada. Así sería un paseo de Nuestra Señora por Tierra Santa.

La más alta cualidad que una persona puede poseer en la tierra

Esto se dio también con incontables santos, en grado infinitesimal, porque con relación a Nuestra Señora las cosas más bellas y mayores, que se pueden imaginar son infinitesimales.

El famoso caso del lobo de Gúbio con San Francisco de Asís. Era un lobo terrible que aterrorizaba a todo el mundo, comía, devoraba, etc. Entonces, le pidieron a San Francisco una

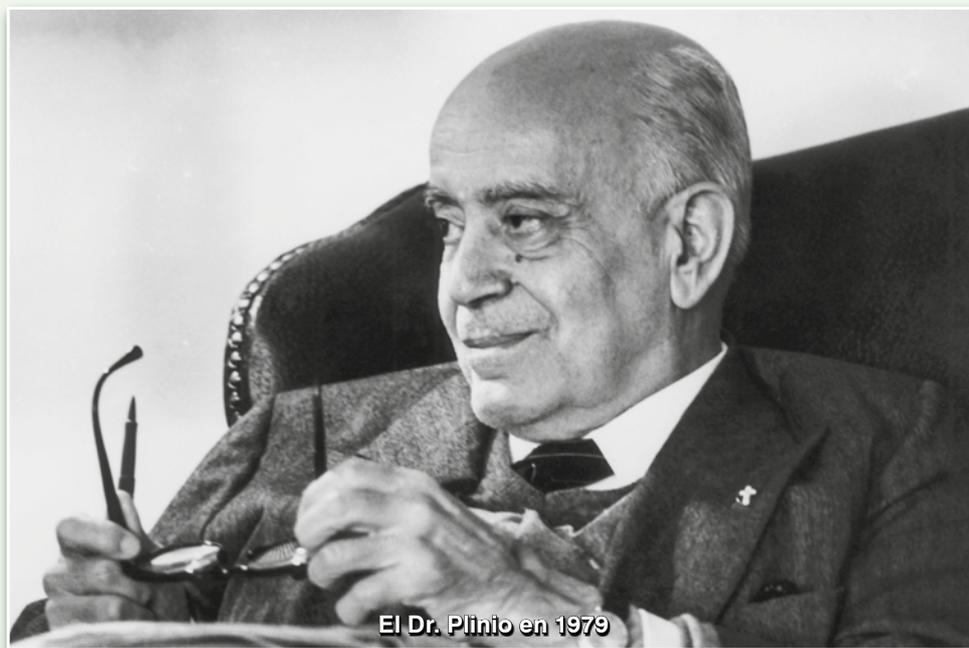
acción contra el lobo. Lo llamó, y el lobo vino muy dócil. San Francisco le dio una bendición y el lobo quedó manso y nunca más atacó a nadie.

También San Francisco Solano, un jesuita, apóstol del Paraguay. Cuando los indios se ponían muy agresivos, tocaba violín y los calmaba. Era como la bendición de San Francisco de Asís.

La vida sobrenatural de la gracia vale más que la vida humana, porque es una participación del hombre en la vida divina. Dios crea la gracia, la cual confiere una participación de su vida; y Dios como que la injerta en el hombre. Y si el hombre corresponde a la gracia, es, al pie de la letra, como un injerto. Se pone el injerto en un árbol frutal y toda la producción cambia; también todo lo que hace el hombre como que se diviniza bajo la acción de la gracia. Y lo más alto que puede haber en la tierra es estar impregnado por la gracia, correspondiendo a ella con total intensidad. Nada se compara a la acción de la gracia. ♦

(Continúa en el próximo número)

(Extraído de conferencia de 9/6/1979)



Samuel Holanda



Unión entre dulzura y combatividad

En la sociedad orgánica medieval había mucha bondad y combatividad. Los principios no se podían atacar, pues en ese caso el Cordero de Dios se convertía en el León de Judá. Ella primaba también por la lealtad, que es la unión entre la dulzura y la combatividad. Cuando terminó la Edad Media y comenzó el Renacimiento, la lealtad fue dejando de ser apreciada, comenzó una insensibilidad con la traición y las alianzas se hicieron cada vez menos valiosas.

Una persona que, siendo objeto de toda la dulzura, de toda la suavidad del Sagrado Corazón de Jesús, se deja enternecer y suavizar, tiene condiciones para que todas sus cualidades personales se expandan ampliamente, sin constituir un factor de agresión o lucha en la sociedad orgánica.

Reciprocidad tierna

Tomemos a una persona que lee las revelaciones de Nuestro Señor a Santa Margarita María Alacoque so-

bre el Sagrado Corazón de Jesús, y tiene alma para dejarse tocar por ello. Si bien este es el caso – puede no ser así – ella siente una gratitud que, al final, es la reciprocidad en el bien. Alguien nos hace bien, le damos esa reciprocidad; eso es gratitud.

El alma es muy inestable en esta reciprocidad. Y al ser tocado por esa reciprocidad, esa persona puede desarrollar todas sus cualidades tanto como quiera y convertirse en un coloso; es un factor de bienestar, orden, buen funcionamiento de todas

las cosas dentro de la sociedad orgánica.

Si, por el contrario, ella tiene una especie de alma que, siendo objeto de tanta bondad del Sagrado Corazón de Jesús o del Inmaculado Corazón de María, no se deja tocar, cuanto más se expande, más quita el terreno de los demás, y hace que su propia expansión sea dañina e insoportable.

En una sociedad en que esta tierna reciprocidad es común en el trato de unos hombres con otros, el papel de la autoridad queda muy pequeño,

porque el caos, los desórdenes son muy raros. La autoridad tiene solo una función represiva limitada. Siempre habrá necesidad de ella, pero es limitada. Tiene una función directiva muy amplia, inspiradora y directiva, que consiste, sobre todo, en estimular estas disposiciones del alma.

Todos pueden expandirse por completo, sin que nadie entre en el terreno del otro. De ahí que se haga posible la sociedad orgánica, que se define de la siguiente manera: es una sociedad en la que todas las expansiones no ocupan un espacio vital para terceros, y se benefician entre sí.

Un bosque de pesadilla

Deberíamos imaginar un bosque de pesadilla, donde los árboles solo podrían crecer de tal manera que se golpeen las ramas entre sí. Tal crecimiento sería, por un lado, la ley de la vida; por otro lado, la ley del caos. Se necesitaría una represión continua en este bosque de pesadilla.

Y cuando los árboles se nutren de un principio vital, por el cual se expanden sin tocarse, sin invadir el espacio vital de los demás, tenemos el bosque que puede desarrollarse libremente.

¿Cuál es la condición que hace que las cualidades de unos hombres no se golpeen con la cualidades de otros? Es exactamente esta ternura frente a una bondad muy grande, paciente, expectante y que perdona; allí nace la sociedad orgánica. Pero el famoso problema de la sociedad orgánica no es realmente posible excepto *in caritate Christi*¹, precisamente por esa razón.

Los setenta sabios en el faro de Alejandría

Recuerdo a los setenta sabios en el faro de Alejandría. Para mí es una de las cosas más hermosas que hay: setenta sabios en un faro estudiando juntos los documentos sagrados, la interpretación, etc. Creo que es algo maravilloso. Como poesía, es de una belleza única.

Si el alma de una persona se entenece por una bondad auténtica que se le hace – no es, por tanto, por ningún agrado vano – cuando ve que otro que es su par, hace algo bueno, la persona queda feliz, agradecido, porque el alma que se entenece no tiene rivalidades, no tiene un deseo de aplastar o de superar a quienquiera que sea. Quiere que todas las formas de bien se expandan. Y no quiere ocupar en ese bosque sino solo el lugar donde naturalmente está.

Luego, al ver que otros brillan más, etc., se regocija, incluso da gracias a Dios, lo toma como una bondad de Nuestra Señora. ¿Por qué? Porque un estado de espíritu trae otro. Toda forma de bien la toca.

Por ejemplo, en un seminario donde los seminaristas son así. Un seminarista ve a otro que lo supera en virtud y se alegra: “Mira, ¡qué bonito lo que hizo el clérigo Tal!”. ¿Por qué? Porque todo lo bueno lo toca, queda agradecido.

Es la aplicación en otro campo, es decir, en las relaciones horizontales, de lo que acabo de decir en las relaciones verticales, entre el Sagrado Corazón de Jesús y nosotros. Es una variante.

‘Aseitas’

De ahí se deriva otra cosa también: una especie de abundancia de bienestar interior, donde la persona queda con su sistema nervioso, su temperamento, mucho más abierto, más afable, más flexible, acoge bien todo. Es a la manera del Cordero de Dios, siempre que no ataquen los princi-

pios. Este es el punto que no se puede tocar, de lo contrario el Cordero se convierte en el León de Judá.

La sociedad orgánica proviene del hecho de que todos expanden sus cualidades, que se inter-relacionan espontáneamente; movidas por el buen impulso que ellas tienen, forman nuevas armonías, como nadie jamás pensó. Es la *aseitas*² de la sociedad orgánica.

Hablé antes sobre la organicidad que viene de que esto proviene del fondo de todos. Esto tiene una originalidad que nadie pensó nunca, porque da lugar a combinaciones siempre nuevas, inesperadas y, por tanto, encantadoras.

Cada persona tiene una singularidad inconfundible. En las relaciones de unos con otros, nacen sorpresas, en este clima de organicidad, que nadie puede prever. Es propiamente la dulzura de Cristo en el Reino de Cristo. Lue-



Francisco Barros



go viene el reino de la suavidad, el reino de la dulzura, el reino de la bondad.

La verdadera sociedad orgánica no existía antes de Cristo

Es algo que un pagano no puede imaginar. Debido a esto, la verdadera sociedad orgánica no existía antes de la llegada de Nuestro Señor. Porque sin Él no se la puede concebir.

Y esta unicidad no se podría realizar antes de la venida de Jesús, por efecto del pecado original. ¿Cómo podría uno pensar en una realización enteramente en el orden de la Metafísica, y que la lleve a sus últimas consecuencias, para una humanidad parada por el pecado original?

Se comprende así lo que es la revelación del Sagrado Corazón de Jesús a Santa Margarita María Alacoque y la invitación a esa devoción, bien entendida. Daría lo que acabamos de decir.

Entonces, una de las cosas más antipáticas del *Ancien Régime* fue una especie de resentimiento continuo hacia los demás. Esto no existía en la Edad Media, el clima era diferente. Y de la simple generalización de esta devoción al Sagrado Corazón, si el rey le hubiera dado apoyo, habría nacido algo que no sabemos cómo es.

Todas las elucubraciones sobre la Edad Media y la inocencia del hombre medieval carecen de sentido si no tenemos esto en cuenta.

Por lo general, una persona así no puede ser muy apresurada, ponerse en el ritmo norteamericano del metro, del tren elevado, del avión, etc. Intento mucho, dentro del corre-corre al que estoy obligado, no tener prisa interior. Y creo que estoy dirigiendo mis palabras contra el tenor de vida mecanizado y moderno. A un hombre que dice cosas saltando de un lado para otro se le torna imposible ese estado de espíritu.

El correcorre, el apego y el pánico

Por tanto, todo lo que la Revolución ha puesto para acelerar demasiado el ritmo de las relaciones humanas, lo encuentro de alguna manera perturbador de este estado de ánimo del que hablo. Se necesita cierta serenidad donde se sientan las reciprocidades y tengan tiempo para retirarse.

En la punta de cada línea de obligaciones del hombre moderno hay una agilidad inexorable, a la manera de un empleado detrás de la ventanilla de un banco, que dice: “¡Hazlo así, de lo contrario serás perjudicado!”

En el fondo de todo ese corre-corre hay una promesa de soborno y una amenaza. Es decir, un apego y un pánico. Ahora bien, el apego y el pánico salen de este ritmo y no son compatibles con la sociedad orgánica, que tiene una cierta lentitud, una cierta tolerancia.

En vista de lo que acabo de hablar, de esta virtud de la gratitud, la reciprocidad, etc., uno comprende la casi imposibilidad de llevar una vida verdaderamente católica – salvo mejor juicio de la Iglesia algún día; ahí me inclino, pero no de otro modo – con ese corre-corre que estoy obligado a llevar.

Alguien dirá: “¿Pero vives bien o no?” Espero que viva, pero no se puede exigir eso de cada uno.

No puede haber sociedad orgánica sin reflexión

También hay algo más sobre este estado de ánimo del que hablé al principio de la reunión, que está muy relacionado con esta historia de la prisa. Todo el mundo lo sabe, pero el punto es establecer la relación desde este ángulo. Es lo siguiente:

Quien tiene este estado de ánimo es reflexivo, reflexiona con facilidad y le gusta reflexionar. Será más inteligente o menos, no importa; reflexiona. Porque tiene los intersticios, los intervalos y la necesidad del alma, por sus propias reciprocidades, de sopesar y ponderar lo sucedido, orgánicamente, ajustarse ante lo sucedido y hacer reflexiones. Y son reflejos sin pedantería, pero que nacen de lo más profundo de su alma – tal cosa, otra, entonces es así – que dan vida con reflexión.

Un sabor que debe tener la sociedad orgánica es sentir que todos sus miembros reflexionan. Sin esto no hay sociedad orgánica, como, por ejemplo, no puede haber un avión sin alas y sin motor.

Digamos que una persona acaba de hacer un negocio, estuvo en una situación angustiosa de la que un amigo la salvó, en una actitud elegante, con des-



Grabado representando el Faro de Alejandría

prendimiento. A ella, entonces, le gusta reflexionar, recordar la escena, el amigo hablando, reflexionando sobre lo que sacrificó el amigo, la ventaja que ella misma ganó, y quiere encontrar a su amigo para agradecerle.

No es necesario estar siempre agradecido en términos expresos. Puede ser un agradecimiento implícito que a veces se expresa como una forma de decir “buenos días”. Hay mil formas de agradecer, pero a ella le gusta agradecer. Esto sin una reflexión no toma todo su valor.

Conocerme a mí mismo y la caridad que los demás tienen hacia mí

Entonces, estos problemas surgen: “¿Debería la sociedad orgánica tener una economía de este tipo o de tal otro?”. Empiezo por decirle a la persona que hace tal pregunta: “Haga primero que los hombres tengan un alma propia para la sociedad orgánica, que la economía, cualquiera la hace, va por sí. No venga con reglas, sino trate de crear hombres que, debido a su expansión natural, sean como los árboles en el bosque que se desarrollan”.

De ahí la sabiduría popular, la filosofía popular, que es el pensamiento común del pueblo, etc., pero que dan en la sociedad orgánica.

Lo repito: una reflexión como ésta requiere negocios y un ámbito de contactos personales que no sean con mucha gente, ni demasiado complicados, enredados, sino que tengan una cierta simplicidad para poder ser profundos.

Esta posición del alma supondría algo más, que es lo siguiente: un conocimiento muy equilibrado de uno



El Dr. Plinio en 1983

mismo, de lo que, según la justicia, me corresponde, y luego qué caridad me hacen. Porque no es posible tener reciprocidad con los demás sin comprender esto.

Alegría de ver a una persona superior a nosotros

Y esta simple afirmación hace delirar al hombre contemporáneo, porque está tan podrido por la Revolución que no puede reflexionar razonablemente sobre lo que es.

Es tan igualitario que, si es un hombre un poco más valioso, se considera supremo y se enorgullece; o, si es mediocre, quiere reducirlo todo a su nivel. En cualquier caso, cualquier desigualdad le vuelve loco.

No es la forma en que un alma ordenada, de la que hablé, considera esto: “¿Fulano tiene tal cosa que yo no tengo? ¡Me alegro! Así que honré-

moslo, felicitémoslo por eso, ¡lo que le dará alegría!”

Este era, de hecho, el antiguo entorno familiar. Cuando aparecía uno en la familia que destacaba mucho, a veces de una rama muy secundaria, era una alegría generalizada. ¿Pero por qué? Porque la familia, que era una especie de principio vital, había manifestado su fecundidad, floreciendo en ella de una manera especial. Fue un motivo de alegría para todos, no de envidia: “Ese será más importante que yo, no es posible...”. No existía tal cosa.

En aquel tiempo las jóvenes cantaban, tocaban el piano, etc. Si aparecía una jovencita que se presentaba en sociedad y cantaba magníficamente, eclipsaba a todas las demás, pero estas quedaban alegres: “¿Has visto a Fulana lo bien que canta?

¡Invítala a tu casa!” Es lo natural.

Pero sin ese sentimiento, la persona no puede saber a qué tiene derecho y qué se le debe. Resultado: no es capaz de valorar lo que se le da. Es una ponderación de la que la persona se vuelve incapaz. Carece del sentido de la medida cómoda y tranquila para todas las cosas, lo que sin esta evaluación no es posible. En la sociedad orgánica existe eso.

Entonces, por ejemplo: “Fulana nos está visitando aquí, ella es muy importante por causa de tal cosa. ¡Le ofreceremos un té mejor!” Es una alegría que todos tenemos. Alegría de dar, sin interés.

Con el fin de la Edad Media, la lealtad dejó de ser apreciada

Y hay una virtud que es el punto de transición de todo lo que aca-



bo de decir y las virtudes combativas. Me refiero a una virtud cuyo nombre se ve ensombrecido por la banalidad, pero es lindo. Se llama lealtad. Porque este tenor de cosas sólo se puede mantener con quien es auténtico; con los que no son auténticos eso no se puede mantener.

Este estado de espíritu del que hablé está listo para el perdón. Pero una de las cosas que casi nunca se perdona es la falta de lealtad. Piénsese en dos amigos. Uno puede perdonar al otro cualquier cosa, por ejemplo, un insulto muy grande; sin embargo, perdonar una deslealtad es más difícil. Vició la base.

Sucede que en la falta de lealtad, no digo que el crimen sea inexplicable, es necesario mostrar una exuberante evidencia de pruebas de uno mismo para probar el arrepentimiento. O hay una expiación que garantiza la autenticidad de por vida o aquello no se sostiene. Al desleal que pide perdón se le puede decir: “Te perdono y rezaré por ti”. Es mucho más difícil decir: “Te perdono, no ha pasado nada”.

Y la lealtad está a medio camino entre toda esa dulzura de la que hablaba y la combatividad. Es el guion que se pone en un orden muy razonable. No hay nada sensacional. Y la lealtad es ya la puerta de entrada a la combatividad, a otro orden.

Y tenga en cuenta esto: cuando termina la Edad Media y comienza el Renacimiento, comienza una insensibilidad a la traición. En el Renacimiento la traición fue mucho más frecuente. Incluso las alianzas se volvieron cada vez menos valiosas. ¿Pero por qué? Porque la lealtad se hizo cada vez menor y ser desleal no estaba mal. Luego, al final de la Edad Media, la lealtad ya no se apreciaba. Cuando cesa ese aprecio por la lealtad, se puede tener la forma de afectividad que se quiera. Para un hombre íntegro, esta afectividad significa poco y es tratada como poca cosa. No hay por donde escapar.

Bondad de Nuestro Señor Jesucristo

Para comprender y amar todas estas verdades, hay un presupuesto

que considero una gracia especial. Sobre todo para nosotros porque vivimos en este siglo, etc., pero es una gracia común, frecuente, en la cristiandad: tener una cierta noción, comunicada por la gracia, de cómo fue eso realmente con Nuestro Señor, y cómo existía el equilibrio de todo esto en Él.

Por ejemplo, la bondad de Nuestro Señor es, al mismo tiempo, por así decirlo, infatigable, insuperable; pero, por otro lado, proviene de una Persona de inefable majestad, haciendo que esta gracia sea especialmente preciosa porque se percibe que desciende infinitamente de lo alto. Y, viniendo de tan alto, llena con tanta condescendencia un espacio que recorre la distancia infinita Creador-criatura, más la insondable distancia del hombre en estado de gracia-pecador.

Y cuando la persona recibe esta bondad, se conmueve, en gran parte, por la noción de cuántas distancias comparables a años-luz caminó esta bondad para llegar hasta él.

De manera que el alma sensible, en el buen sentido de la palabra, la reciba con gran gratitud. Pero un agradecimiento profundamente respetuoso y deseoso, desde el principio, en el primer intento, de que la majestad que así bajó sobre ella no se reduzca de ningún modo. La persona sabría desenvainar no sé cuántas espadas para mantener esta majestad, porque, para él, el reconocimiento de la majestad y de lo infatigable, por así decir, de la bondad, hacen una sola cosa.

Así pues, la seriedad, la trascendencia, la perfección de Nuestro Señor, como Segunda Persona de la Santísima Trinidad, como Dios-Hombre – la palabra trascendencia se aplica aquí en una situación más analógica –, esta superioridad así percibida en cuanto nos llega desbordante de bondad, pero hace sentir su superioridad, es lo que

Flávio Lourenço



no se encuentra, de ninguna manera, en las falsificaciones de las imágenes de Jesús.

Su seriedad y majestad

Esta bondad es profundamente seria. Es decir, nos ofrece aquello a lo que no tendríamos derecho, pero al mismo tiempo nos pide, mirándonos con fuerza, que cambiemos y tengamos en cuenta lo que se nos está dando. Es decir, no es una bondad cínica. Quiere que la evalúen adecuadamente.

Es una bondad dispuesta a perdonar muchas veces. Pero cada vez que hay un pecado, reconstituye la dramática situación anterior, agravada por la nueva. Y exige, del receptor de la bondad, una contrición aún mayor.

Es decir, junto a eso hay una seriedad, un tomarse uno mismo en serio. Y, en el fondo, se dice lo siguiente: “Hijo mío, te perdono innumerables veces. Un día caerás en mi justicia; hay un cierto límite, y ¡ay de aquellos que cruzan ese límite!”. Aunque no se indica, esto está presente.

La majestad de Nuestro Señor es tal que ni siquiera sé qué decir. En las preguntas formuladas por Él a los fariseos, hay, al mismo tiempo, una sencillez y una invectiva donde está presente un equilibrio que solo lo tiene quien es Divino, dentro del cual debe verse la bondad misma. No puede considerarse una virtud separada. Esto es lo que le da sabor. ❖

*(Extraído de conferencia de
17/2/1984)*

- 1) Del latín: en el amor de Cristo.
- 2) Aseitas: características peculiares de la persona, fruto de toda su historia de vida, que manifiesta su autenticidad y también su pertenencia a un grupo.



Gabriel K.

Balduino IV, El prototipo del católico – II

Balduino, agonizante, fue en litera a enfrentar a Saladino, que se retiró. Tal vez esta victoria haya sido, bajo algún aspecto, más bonita que la alcanzada por el rey leproso cuando rezó con el rostro en la arena. En esta conmovió al Cielo, inclinándose en el desierto; en aquella, impuso respeto al Infierno, haciendo que el famoso guerrero mahometano huyese. Es la gloria de un hombre en la tierra, a la espera de la gloria en el Cielo.

Sainte-Chapelle,
París, Francia

Imaginémonos en la situación de los soldados de Balduino IV que combatieron en la batalla de Montgisard¹, revestidos de armamentos, marchando o cabalgando a las órdenes del rey, pensando lo siguiente:

Epopeya comparable a los episodios sacratísimos de la vida de San Luis

“Del otro lado están el Sultán Saladino, muy famoso, riquísimo, cercado

de todo el fausto de Oriente – su nombre retumbaba por todas aquellas zonas como el de un grande guerrero –, un hombre valioso, sano. Nosotros no somos sino trescientos, y nuestro rey ¿qué es? Un miserable leproso, un pobre muy enfermo, deshecho en llagas y purulencias. Y la Providencia nos llamó a combatir, bajo las órdenes de un despreciable leproso, itodo el ejército de Saladino!”

¿No es verdad que podría dar una inseguridad monumental? ¡Cómo

debería haber sido Balduino para dar seguridad, él sólo, a los trescientos hombres! ¡Qué canal, qué vehículo del Espíritu Santo! Más bonito aún que pensar en trescientos guerreros es imaginar trescientos soldados agotados... Y el rey leproso, que se postra en tierra y pide a Nuestro Señor, por medio de Nuestra Señora, fuerza para sus hombres agotados. Allí, de hecho, nada es fuerte a no ser su alma ¡mas ésta lo era por entero! Más sublime no puede ser.

Yo pregunto: en la historia de las monarquías católicas, ¿hay un episodio más bonito que éste? No lo hay. Ni los episodios sacratísimos de la vida de San Luis exceden a éste en belleza. Lo igualan sí, pero no lo exceden. ¡Es una verdadera maravilla!

Esta es la epopeya que la Historia de la Edad Media, vista de esta manera, nos presenta. Continúa el autor².

Al año siguiente, Balduino edificó en Gué de Jacob la fortaleza destinada a defender la Galilea de los ataques de Damasco.

Gué es un valle por donde Jacob habría pasado. ¡Cómo es bonita la figura de ese rey que se va deshaciendo, pero construye fortalezas! Él, al contrario de una fortaleza que se edifica, es un desmoronamiento vivo, a cada instante. Pero aún construye fortalezas para luchar en el futuro.

Guillermo de Tiro pretende que esto haya sido hecho por las permanentes solicitudes de Odón de Saint-Amand, Gran Maestre del Templo. En todo caso, cualquiera que haya sido el inspirador de la idea, no hay duda en cuanto a la importancia estratégica de la fortaleza que Balduino mandó construir.

Un señor feudal se rebela contra Balduino IV

En 1179, Saladino invadió la Galilea. Balduino fue a su encuentro, intentando sorprenderlo, como había hecho en Montgisard. Pero, como los musulmanes no se dejaron sorprender, el joven rey fue cercado. Muchos fueron muertos y presos ese día.

Poco tiempo después, Saladino tomó el Gué de Jacob y mandó ejecutar a todos los caballeros del Templo que lo defendían.

Sybilla, hermana del rey, acababa de casarse – contrariamente a los intereses del Estado – con Guy de Lusignan, hombre de belleza discutible, sin fortuna y sin talento. Balduino, presionado por los suyos, minado por la enfermedad, había consentido en esa unión y donado a Lusignan los condados de Jafa y Ascalón.

Tan pronto se manifestó la insignificancia del marido de Sybilla, se atizaron las esperanzas de los señores feudales. Se contaba que el hermano de Lusignan, comentando el casamiento, dijo: “Si Guy fuera rey, yo debería ser dios.”

En esa misma ocasión, Isabel de Jerusalén se casaba con Humphrey de

Toron, hijo indigno de su padre, el extinto Condestable de Jerusalén, muerto en defensa del rey. El estado de Balduino IV empeoraba día a día. Fue una prueba para su madre, que no tenía buena fama, y para el círculo de sus cortesanos, ambiciosos y amorales, ver la aproximación de Balduino con Raimundo de Trípoli, único hombre capaz de aconsejarlo debidamente.

En ese momento reapareció, liberado de las cárceles musulmanas, el antiguo Príncipe de Antioquía, Renaud de Châtillon, que inmediatamente comenzó sus aventuras, asaltando una importante caravana de peregrinos con destino a la Meca.

Tal acto rompía la tregua firmada por Balduino IV y Saladino, ofendía las convicciones religiosas de los musulmanes, a cuyos ojos el atentado se les figuraba monstruoso. Emplazado por el rey a devolver los prisioneros y el producto del pillaje, se negó con arrogancia, tornándose así evidente la incapacidad del enfermo de hacerse obedecer.

Por tanto, ese señor feudal se rebeló contra el rey. Balduino le dio la orden de restituir lo que había quita-





do a los musulmanes, y él no quiso. El estado de enfermedad de Balduino no le permitía, en aquel momento, mantener la autoridad necesaria.

Divulgación (CC3.0)

Se dirigía a las batallas cargado en una litera

En agosto, el infatigable mahometano Saladino intentó tomar Beirut por una acción combinada por tierra y mar. Una vez más, Balduino apartó el peligro.

Entonces, caminando hacia la muerte, combatió y venció.

Impidió a Saladino de apoderarse de Alepo y condujo una expedición a los suburbios de Damasco.

Que era la capital de Saladino.

Así, por todas partes, gracias a su energía sobrehumana, y aunque de ahí en adelante se hiciese cargar en litera a las batallas, el heroico leproso llevaba ventaja sobre el genial musulmán.

Consideren un rey que no puede cabalgar más y es llevado en litera a las batallas, pero que va animando a los suyos. Vean, una vez más, la fuerza de alma que renace, mientras el cuerpo cada vez decae más.

El comenzaba, entre tanto, a perder la vista, a no poder más servirse de sus miembros. Los que le eran más allegados lo presionaban a abandonar sus tareas del reinado, y al mismo tiempo a pasar parte de sus responsabilidades a Guy de Lusignan.

Se puede bien imaginar el drama interior de ese rey, con apenas 22 años, corroído por úlceras, semiparalizado y casi ciego, cercado por las sombras de la desconfianza y de malos presentimientos, atormentado ante las insinuaciones y sugerencias pérfidas de los suyos, de un lado, y la alta idea que hacía de su misión de rey, de otro lado. Si la lepra lo debilitaba y él no podía tener esperanzas de curarse, siempre, sin embargo, encontraba nuevas



Coronación de Balduino V

fuerzas y resistía de la mejor forma a las celadas de la camarilla.

Es el período de ascensión máxima suya: cada vez más cercado, él va resistiendo a la camarilla, creciendo en energía.

Pedido de socorro a Occidente

Como la enfermedad entraba en una fase evolutiva, debía luchar contra ella y, sobre todo, contra la tentación de abandonar todo para morir en paz.

Fue en uno de estos períodos que consintió, si bien a disgusto, investir a Guy de Lusignan en la regencia del reino.

En el primer encuentro con Saladino, Lusignan dejó que el ejército franco fuese masacrado. Rehusó con altivez prestar cuentas a Balduino, que lo destituyó de su cargo. Y para evitar que, por la complacencia de Sybilla, Lusignan se volviera Rey de Jerusalén después de su muerte, designó a su sucesor: el pequeño Balduino V, hijo de Guillermo Longe Epée.

Tuvo, por lo tanto, un gesto de supremo coraje y energía: viendo que el cuñado no servía en absoluto, lo destituyó de la sucesión del reino.

Como la situación en Tierra Santa era ya desesperada, Balduino mandó una embajada a Occidente, compuesta por el Patriarca de Jerusalén, por el Maestre de los Hospitalarios y por el Maestre de los Templarios, el viejo Arnaud de Torrage.

Era un pedido de socorro a Occidente, para ver si mandaban gente limpia y buena para salvar la ciudad de Jerusalén.

Agonizante, Balduino enfrenta a Saladino y lo derrota

Renaud de Châtillon, que indirectamente había ayudado al rey a desembarazarse de Lusignan, se juzgó autorizado a retomar sus pillajes, pero ahora en más alta escala.

Armó una flota, que fue transportada al Mar Rojo a lomo de camello. Esa flota, devastando puertos, interceptando convoyes, amenazó por algún tiempo el camino a la Meca.

Saladino, excitado hasta el colmo del furor, destruyó los navíos de Renaud y después lo sitió en su propia fortaleza, el Krak de Moab. Balduino IV apareció, agonizando en su litera, para hacerle frente. Saladino entonces se retiró.

El Mar Rojo estaba lleno de sultanatos y de pequeños Estados riquísimos. Renaud de Châtillon hizo transportar sus navíos a lomo de camello, por el istmo de Suez – el canal naturalmente no existía, sólo fue abierto en el siglo XIX –, entró en el Mar Rojo y comenzó a saquear. Saladino quedó indignado. Balduino, agonizante, fue en litera a enfrentarlo. Saladino se retiró. Tal vez haya sido una victoria, bajo algún aspecto, más bonita que aquella cuando rezó con el rostro en tierra. En la primera victoria, conmovió al Cielo, inclinándose en el desierto; en la segunda, impuso respeto al Infierno, haciendo que Saladino se retirase. Es la gloria de un hombre en la Tierra, a la espera de la gloria en el Cielo.

El último acto de Balduino IV fue reunir en San Juan d'Acre el Parlamento de sus barones. Guy de Lusignan, incapaz y rebelde, fue entonces

oficialmente apartado del trono. Y la regencia fue confiada a Raimundo de Trípoli.

Lo que era de justicia y sabiduría, porque designó a un niño para ser su sucesor, y tenía el derecho de nombrar al regente. Balduino llamó entonces a su consejero fiel y lo designó como regente. Se ve la razón por la cual no nombró a Guillermo, el Larga Espada, para ser rey, sino al niño. Así Balduino pudo llamar a su consejero fiel y pasarle el bastón de mando antes de morir.

Más tarde, el 16 de marzo de 1185, el mártir rindió su alma a Dios, en presencia de sus vasallos, dignatarios y buenos compañeros de guerra. Hasta los infieles le rindieron homenajes.

Pedir a este héroe que nos obtenga la fuerza de alma inquebrantable

Sin embargo, los católicos lo olvidaron... En 1972 es recordado en un auditorio lleno de personas de un continente en aquel tiempo habitado por guaraníes, araucanos, tupis, etc. Aquí está un eco de la gloria de Balduino IV, Rey de Jerusalén.

Este es un fulgor de la Edad Media. No sé lo que sucedió, pero una figura así no fue más dada a la Cristiandad. Este ejemplo impresionante del rey leproso y héroe, delante de cuyas heridas retroceden, llenos de reverencia, los hijos de las tinieblas, no nos fue dado después.

Alguno podrá objetar: “Dr. Plinio, su entusiasmo por Balduino IV es como si él hubiese sido un santo. Pero usted no puede tener los ojos cerrados hacia el hecho de que ese hombre tuvo debilidades en la vida, como usted mismo observó en esta narración histórica. ¿Cómo puede tener tanto entusiasmo por este personaje?”

La vida me ha mostrado que puede haber personas con algunas cualidades, pero que, bajo el peso de

pruebas muy grandes, aunque con culpa, presentan caídas, pero la gracia después perdona, reanima y lleva de nuevo a altas cumbres.

Esta fue la historia, llagada y dolorosa, de Balduino IV. Él tuvo desfallecimientos, es verdad. No como Nuestro Señor cayó bajo la Cruz – perfecto, impecable, divino-, mas como un hombre que tuvo debilidades y recibió gracias para no tenerlas.

Estas flaquezas deben ser juzgadas con severidad. Pero los actos maravillosos de su vida también precisan ser, por eso mismo, juzgados con la misma justicia. Y estos imponen admiración, como las debilidades exigen la severidad. Sobre todo, para que este hombre hubiese realizado el último lance de ahuyentar e imponer respeto a Saladino en aquellas condiciones, era preciso que su alma estuviese en muy hermoso estado.

Él fue ocasión, como una reliquia viva, para uno de los más bonitos episodios de la Historia de las Cruzadas. ¿Cómo no admitir que el alma de ese hombre, en un grado más alto o menos alto, esté en la presencia de Dios? Nosotros no podemos canonizar a nadie, pues éste es un

privilegio único y exclusivo de la jerarquía católica, más especialmente del Papa. Sin embargo, podemos pedir privadamente a este héroe que nos conquiste esta fuerza de alma inquebrantable. Que él nos haga comprender algo de ese espíritu medieval, del cual estaba dotado en tan alto grado, y que es la luz que nos debe animar en el camino al Reino de María.

Aquí está la gran recordación purulenta, fétida, llagada y maravillosa de Balduino IV. Más que eso, de Nuestro Señor Jesucristo en lo alto de la Cruz, pensando en nosotros, en nuestra meditación, bendiciéndonos y perdonándonos por todos los defectos que haya en nuestras almas.

Nosotros nos compadecemos de Balduino y, sobre todo, de Él. ¡Que ambos tengan piedad de nosotros! ❖

(Extraído de conferencia de 21/10/1972)

1) Cf. Revista Dr. Plinio, n. 28, p.14

2) Cf. BORDONOVE, Georges. Les Templiers. Paris: Librairie Atheme Fayard, 1977, p. 111-115



Ruinas del Krok de Moab

SANTORAL

1. Beata Juliana de Collalto, abadesa († 1262). De familia noble, vistió el hábito benedictino a los 12 años. Fundó el monasterio de San Blas, en Venecia, en donde fue abadesa.

2. San Guillermo, obispo y confesor (†1070). Sensibilizado por la situación de abandono en que vivían los paganos daneses, se dedicó a evangelizarlos. Fue obispo de Roskilde.

3. San Gregorio Magno, Papa y Doctor de la Iglesia († 604). Resolvió problemas temporales y espirituales, ayudando a los necesitados, fomentando la vida monástica, propagando y reafirmando la Fe; escribió muchas obras sobre temas morales y pastorales.

4. San Bonifacio I, Papa († 422). Trabajó para solucionar muchas controversias sobre la disciplina eclesiástica.

5. San Pedro Nguyen Van Tu, mártir († 1838). Sacerdote Dominicó que continuó ejerciendo su ministerio clandestinamente durante la persecución en Vietnam.

6. XXIII Domingo del tiempo Ordinario.

San Eleuterio, abad († S. VI). Su simplicidad y compunción de espíritu encantó al Papa San Gregorio Magno. Fue abad del Monasterio de San Marcos, en Spoleto, Italia.

7. Beato Juan Bautista Mazzuconi, presbítero y mártir (†1855). Religioso del Instituto de Milán para las Misiones Extranjeras. Después de dos años evangelizando y estando enfermo, fue decapitado en Papúa Nueva Guinea, Oceanía.

8. Natividad de Nuestra Señora.

San Corbiniano, obispo († 1555).
Ver página 28.

9. San Pedro Claver, presbítero († 1654).

10. San Teodoro, obispo y mártir (†c. 670) Maestro de San Lamberto. Siendo obispo de Togerén (Bélgica), fue asesinado en los alrededores de Speyer (Alemania), cuando iba a visitar al Rey Childerico.

11. San Paciente de Lyon, obispo († c. 480) Distribuyó gratuitamente trigo a las ciudades situadas junto a los ríos Ródano y Saona, para socorrer a la población oprimida por el hambre. Se empeñó en la conversión de los herejes y en la asistencia a los necesitados.

12. Santísimo Nombre de María.

Beato Tomás Zumárraga, presbítero (†1622). Fue encarcelado por odio a la Fe y lanzado al fuego en la ciudad de Omura, Japón, junto con el franciscano Apolinario Franco y cuatro compañeros más.



San Alberto

13. XXIV Domingo del Tiempo Ordinario.

San Juan Crisóstomo, obispo y Doctor de la Iglesia († 407). Ordenado sacerdote en Antioquía, fue llamado “Crisóstomo” por su elocuencia. Nombrado Obispo y Patriarca de Constantinopla, se esforzó en moralizar el clero. Fue desterrado por denunciar abusos de autoridades civiles.

14. Exaltación de la Santa Cruz.

San Alberto, obispo († 1215). Patriarca de Jerusalén. Escribió la regla de los eremitas del Monte Carmelo. Fue asesinado mientras celebraba la fiesta de la Santa Cruz, por un hombre cuya mala conducta había censurado.

15. Nuestra Señora de los Dolores.

San Cornelio, Papa († 253), y **San Cipriano**, obispo († 258), mártires.

17. San Roberto Belarmino, obispo y Doctor de la Iglesia († 1621).

San Francisco María de Camposo, religioso († 1886) Hermano Capuchino.



* SEPTIEMBRE *

no, ofreció su vida por la salvación de los enfermos durante la epidemia que dilaceraba la ciudad de Génova, Italia.

18. Beatos David Okelo y Gildo Irwa, catequistas y mártires († 1918). Fueron martirizados siendo muy jóvenes, en una aldea al norte de Uganda, por haberse dedicado espontáneamente a anunciar el Evangelio a su pueblo.

19. San Genaro, obispo y mártir († S. IV).

San Mariano, eremita († S. VI). Descendiente de una ilustre familia de Bourges, Francia, abandonó el mundo para tornarse eremita en Berry. Apenas se alimentaba de manzanas agrestes y miel.

20. XXV Domingo del Tiempo Ordinario.

Santos Andrés Kim Taegon, presbítero, **Paulo Chong Hasang** y compañeros, mártires († 1839-1867).

Beato Francisco de Posadas, presbítero († 1713). Religioso dominico, predicó durante cuarenta años en Andalucía (España), especialmente en Córdoba, su ciudad natal.

21. San Mateo, Apóstol y Evangelista. († S. I)

Santa Maura, virgen (†c. 850). Noble francesa, que con sus oraciones y el ejemplo alcanzó la conversión de su padre.

22. Beato José Marchandon, presbítero y mártir († 1794). Párroco de Marsac, Francia, fue preso durante la Revolución Francesa en una embarcación en Roquefort, donde enfermó y murió de hambre.

23. San Pío de Pietrelcina, presbítero († 1968).

24. San Pacífico de San Severino, presbítero († 1721).

25. San Cleofás, († S. I). Uno de los dos discípulos que Nuestro Señor encontró en el camino de Emaús y que lo reconoció al partir el pan.

26. Santos Cosme y Damián, mártires (†c. S. III).

Beato Gaspar Stanggassinger, presbítero († 1889). Sacerdote redentorista, dedicado a la educación de los jóvenes. Falleció a los 28 años en Gars, Alemania.

27. XXVI Domingo del Tiempo Ordinario.

San Vicente de Paúl, presbítero († 1660). Vivió en París al servicio de

los pobres. Fundó la Congregación de la Misión para formar el clero y ayudar a los necesitados. Junto con Santa Luisa de Marillac, fundó también la Congregación de las Hijas de la Caridad.

28. San Venceslao, mártir († 929-935). **San Lorenzo Ruiz y compañeros**, mártires († 1633-1637).

29. San Miguel, San Gabriel y San Rafael Arcángeles. *Ver página 2.*

San Renato Goupil, mártir († 1642). Médico en las misiones jesuitas en Canadá. Fue tomado prisionero y muerto por los iroqueses, por haber hecho la señal de la cruz frente a algunos niños, en Ossernenon.

30. San Jerónimo, presbítero y Doctor de la Iglesia († 420). Nació en

Dalmacia y estudió en Roma. Se entregó a la vida ascética en el Oriente, donde fue ordenado sacerdote. De regreso a Roma, fue secretario del Papa San Dámaso quien le encargó de traducir al latín las Sagradas Escrituras, dando origen a la "Vulgata".



San Cornelio y San Cipriano



San Genaro



La severidad de San Corbiniano



G.Freihalter (CC3.0)

San Corbiniano
Unterhaching,
Baviera,
Alemania

Es indispensable tener una visión global de la Doctrina Católica y, por lo tanto, debemos insistir en conocer las verdades olvidadas. Una de ellas es la de que los santos de nuestros días deben asemejarse al estilo de San Corbiniano en muchas circunstancias, pues nuestra época posee una portentosa obstinación en el pecado, sobre todo el de herejía. Y la peor de ellas es la Revolución. Para vencer esa obstinación el remedio es, en muchas circunstancias, la severidad.

Según el Martirologio, el 8 de septiembre se conmemora a San Corbiniano, obispo de Freising, en Baviera, fallecido un día como este del año 730.

Recriminaciones a un príncipe

Regresando de Roma, donde se había entrevistado con el Papa Gregorio II, cuando llegó a la frontera de los estados



Escenas de la vida de San Corbiniano - Unterassling, Tirol del Sur, Austria

pertenecientes a Grimoaldo, San Corbiniano fue detenido por unos guardias que el duque había situado allí, con la orden de no permitir el paso del obispo, si no aceptaba hacerle una visita.

El santo consintió. Pero al dirigirse al castillo del príncipe declaró que sólo entraría si Grimoaldo dejaba a Piltrudes, la viuda de su hermano, con quien se había casado. Como el príncipe no obedecía, perseveró en el rechazo, amonestándolo incesantemente con sus recriminaciones, a fin de conducirlo a la penitencia.

Al cabo de cuarenta días, Grimoaldo y Piltrudes prometieron separarse y el santo obispo les mandó que viniesen a su presencia. Los absolvió, después de haber pedido perdón de rodillas y habiendo besado sus pies. Les impuso penitencias de limosnas, ayunos y oraciones. Posteriormente, entró al palacio.

Comiendo cierto día en compañía de ese mismo príncipe, San Corbiniano bendijo los alimentos servidos en la mesa. El príncipe, distraído, tiró un bocado a su perro favorito. Inmediatamente, el santo derrumbó la mesa de un puntapié, diciendo que quien tiraba a un perro semejante bendición, no era digno de ella, y que, desde ese

día en adelante, no comería más en su compañía.

Profundamente herida por el hecho de que San Corbiniano la separó del príncipe con sus amonestaciones, Piltrudes aprovechó la ocasión para acusarlo de crimen de lesa majestad y merecedor de la muerte.

Sin embargo, el príncipe que lo tenía en alta y gran estima, mandó cerrar las puertas de la ciudad, temeroso de que el hombre de Dios, tomado de cólera, se fuera. Acompañado de los mayores de su corte, fue a pedirle perdón.

En otra ocasión, mientras se dirigía al oficio de la noche en la iglesia de Santa María, el santo obispo encontró en el camino a una campesina, que se retiraba cargada de ricos obsequios. Ya había sido acusada de practicar sortilegios. La interrogó sobre la razón de tantos regalos. Ella le respondió que había curado al hijo del príncipe, atormentado por demonios y que había recibido todo eso como obsequio. Horrorizado, el obispo se apeó del caballo, golpeó a la mujer con sus propias manos, le arrancó todo cuanto cargaba y lo distribuyó entre los pobres a la entrada de la ciudad. Más que nada, lamentaba la infidelidad del príncipe¹.

Para vencer la obstinación en el pecado, el remedio en muchas circunstancias es la dureza

Cualquier virtud concebida unilateralmente no es una verdadera virtud. Si nos imaginamos a un santo muy gentil, amable, invariablemente amable en todas las circunstancias de su vida, no estaríamos en la presencia de un verdadero santo, sino en la imitación de un santo.

Así también, si nos imaginamos a un santo que procedió explosivamente a lo largo de su vida como San Corbiniano actuó en esos episodios, estaríamos frente a un santo muy singular, pues no se puede concebir que un obispo, incluso en la era constantiniana, remedie todas las situaciones tirando las mesas al suelo, etc. Pero hay situaciones en las que el deber consiste en hacerlo, ya que hay ocasiones en que el deber es tener un procedimiento diferente.

¿Qué explica nuestra insistencia en este ejemplo de San Corbiniano? Es el hecho de que tenemos muchos ejemplos en sentido contrario, y las virtudes “corbinianas” son extraordinariamente escasas. De manera que



encontramos en ello una muy buena razón para resaltar esta ficha.

Evidentemente, hay una razón más profunda: Es indispensable tener una visión global de la Doctrina Católica y, por lo tanto, debemos insistir en conocer las verdades olvidadas. Una de ellas es la de que los santos de nuestros días deben asemejarse al estilo de San Corbiniano. Pues vivimos en una época de una dureza y obstinación en el pecado terribles, y el peor de ellos, es el de la herejía. Y la más nefasta de ellas es la Revolución, con su laicismo inherente. Una obstinación tan brutal, que realmente no se sabe cómo calificarla. Entonces, en muchas circunstancias, para vencer la obstinación, la dureza es el remedio más eficaz.

La prueba de coraje consiste hoy en enfrentar a aquellos que promueven la Revolución

El primer ejemplo del procedimiento de San Corbiniano con el príncipe se explica por el hecho de estar casado con la viuda de su hermano y, por lo tanto, necesitaba de una dispensa de la Santa Sede para contraer matrimonio con ella. El príncipe no había pedido esa dispensa, vivía maritalmente con ella, se casó con ella -aunque de un modo ilícito- sin la licencia de la Santa Sede. Se encontraba, por lo tanto, en una situación que San Corbiniano no podía tolerar.

Vimos los extremos de severidad con los que censuró la actitud del príncipe, y qué humildad el santo le exigió, como pedido de perdón.

¿Quién sería el personaje equivalente a ese príncipe en los días actuales para que un santo lo humille de esta manera? ¿Cómo podríamos imaginar un enfrentamiento entre la fortaleza de la autoridad espiritual y los poderes temporales actualmente?

La Revolución desplazó de las manos de los príncipes, o al menos de la mayor parte de ellos, el poder y la riqueza. Enfrentarlos ya no es una gran prueba de valentía. Pero es una prueba de coraje enfrentar a aquéllos que tienen hoy mucho poder, o muchos medios de subordinar o de comprar. Entre éstos, tenemos evidentemente a los ricos. Pero no sólo a ellos; también a la prensa, a la radio y a la televisión, los instrumentos que manipulan a la opinión pública, los demagogos y los jefes de corrientes revolucionarias. A todos esos, sería necesario que un obispo los supiera enfrentar.

El ejemplo del Cardenal Mindszenty

¡Cómo es bonito, por ejemplo, ver a un obispo que procede de esa forma, enfrentando al comunismo, a la demagogia, al desorden y a la Revolución!

Hoy tenemos un ejemplo que debe recordarse porque, al menos hasta donde sabemos, no tiene menos belleza que el ejemplo de San Corbiniano. Es el cardenal Mindszenty², quien está preso en Hungría, y sobre quien ha habido tal silencio que casi olvidamos que existe. Pues



Muerte de San Corbiniano

bien, tenemos aquí un ejemplo de una fortaleza extraordinaria, que nos recuerda la fortaleza de San Corbiniano.

La ficha nos narra otros dos episodios: uno es el del santo que echa la mesa al suelo porque el príncipe dio de comer alimentos bendecidos a un perro.

Alguien podría preguntar: “¿Pero él no podría haber hecho eso de una manera diferente? Por ejemplo, decir: ‘Príncipe, yo me levanto’, o simplemente mantener un silencio reproche hacia al príncipe”. Una persona más moderada indagaría: “El obispo podría haber dicho simplemente: ‘Príncipe, ¿no es raro echarle un pan bendecido a su perro?’. De esta forma, ¿no es verdad que San Corbiniano atraería más la simpatía y la benevolencia del príncipe?”.

Seriedad, respeto y confianza

Es necesario recordar siempre que el arte de tratar con las almas no consiste principalmente en infundirles simpatía, sino y, antes que nada, en conquistar su respeto. Y el respeto se gana con la seriedad. Y ésta, muchas veces, implica en severidad. Cuando alguien se considera serio, se esfuerza por llevar las cosas hasta las últimas consecuencias y castiga, si es necesario, de acuerdo a la gravedad de la falta. Siendo serio de esta manera, se impone respeto, se inspira confianza y, de esa forma, se dirigen las almas.

Un error de la propaganda hollywoodiana, y que los ambientes de hoy en día propagan en las almas de una forma terrible, es la idea de que el perpetuo *smiling*, el sonreír para todo el mundo, es lo que arrastra a las personas. ¡No arrastra nada! Los norteamericanos han distribuido dólares y sonrisas en abundancia. Si hubo alguna potencia en el mundo que poco proclamó su poderío fue la norteamericana. El gran poder tem-

poral mundial, anterior al norteamericano, fue el de Inglaterra. ¡Cómo esta nación llevaba las cosas de forma diferente! Antes de Inglaterra fue Napoleón. Los Estados Unidos ejercen una dominación velada, entre bastidores, con dólares, garantizando la independencia de los países, al menos la independencia política, y amenizando su “gestión” con sonrisas. Sin embargo, ellos están siendo gradualmente abandonados por el mundo entero.

¿Por qué razón? Porque los Estados Unidos no infunden admiración. Y no lo hacen, por el hecho de que no son serios. Ellos depositan toda su confianza en la sonrisa. Sin duda, la sonrisa tiene un cierto papel en la vida del hombre, ino estoy afirmando que nunca se deba sonreír! Pero que ésta sea la guía rectora, es un engaño. La sonrisa debe ser moderada y ordenada de común acuerdo con actos de gran valor y energía. Quien no es capaz de meter un poco de miedo no es un verdadero santo. Y por esto hemos traído la ficha de un Santo de refinada bondad, pero que sabe meter miedo, consiguiendo como resultado que el príncipe se quede quieto.

En la Edad Media, la virtud y contrición de los pecadores es encantadora

Por otro lado, es maravillosa la actitud del príncipe. En la Edad Media hay muchas cosas encantadoras. La virtud encanta, pero también la contrición de los pecadores es encantadora. El príncipe había actuado mal y debía prestar más atención y cuidar más su vida. En su mesa estaba un Santo que veneraba como tal. El varón de Dios bendice los alimentos, pero el príncipe está pensando en el perro. Sin embargo, comparado con las cosas que hacemos hoy, ¡qué ingenuidad! Casi se diría ¡qué gracioso!

El príncipe sufre una amonestación tremenda y su primera idea es: “No lo dejen partir, pues yo quiero pedirle perdón”. Y como el Santo se va, manda cerrar las puertas de la ciudad. Luego pide perdón, se arroja, el Santo se reconcilia con él y todo vuelve a la calma y la bonanza. Se ve bien la contrición que hay en eso, ¡qué cordura, qué blandura de alma, qué inocencia hay en una actitud como ésta! ¿No es verdad que, aún en la actitud de penitente, trasparece una inocencia más profunda que la falta cometida y que nos deja encantados?

Finalmente, el castigo a la mujer que era una especie de bruja y hechicera, y que ciertamente había usado de un fetiche para curar al hijo del príncipe. ¡Qué severa fue la actitud del Santo con ella!

Y entonces pregunto: ¿Existen casos semejantes a éstos en la actualidad? Hoy estaba leyendo la siguiente noticia: inauguraron un parque municipal en São Paulo, donde se realizó una sesión ecuménica. Hablaron un sacerdote y un obispo católico e, inmediatamente, un espiritista y, posteriormente, un rabino, en una misma sesión en comunión con el obispo. ¿Dónde está el ejemplo de nuestro Santo? ¡Cómo han cambiado las cosas! ❖

(Extraído de conferencia de 8/9/1969)

- 1) Cfr. ROHRBACHER, René François. *Vida dos Santos*. São Paulo: Editora das Américas, 1959. v. XVI, p. 106-107.
- 2) Cardenal Joseph Mindzenty (1892-1975). Se opuso tenazmente al régimen comunista, particularmente en su país, Hungría. Fue perseguido, preso, y murió en el exilio. Su cuerpo, exhumado en 1991, fue encontrado incorrupto, y en 1996 fue presentada a la Santa Sede la documentación para el proceso de su beatificación.



Lugar donde la Providencia quiso reunir sus maravillas – I

Al Dr. Plinio siempre le encantó el mar, una de las razones por las cuales apreciaba sobremanera a Venecia, la ciudad construida sobre las aguas. La causa más profunda del surgimiento de tal maravilla es la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, de quién resulta todo cuanto hay de bueno y de bello en la Tierra.

Antes de comentar algunos aspectos de Venecia, me parece conveniente considerar un poco lo que pasa en el interior de mi alma, viendo esa ciudad. Exteriorizo aquí mis reflexiones cuando estuve allí, pues las impresiones que tuve se dan más o menos con todo el mundo.

Fascinación por el mar

Por lo que recuerdo, siendo pequeño tenía impulsos que me llevaban a lamentar no poder vivir, no propiamente en el mundo de la fantasía, pero en un mundo que no era en el que vivía. Por lo tanto, llevar una vida real en una atmósfera diferente en la cual yo vivía.

Así, por ejemplo, me acuerdo de que, muchas veces, estando en Santos o, mucho más modestamente en una estación de aguas termales que mi madre frecuentaba, donde había un riachuelo, que formaba un islote y algunas cosas por el estilo; miraba las aguas y sentía la fascinación que ese elemento produce. El agua salada del mar me fascinaba más allá de todo límite. Considerar el mar, toda mi vida fue el encanto de mi alma.

Me acuerdo de mi tiempo de diputado, cuando el edificio donde se reunía la Asamblea Constituyente quedaba en una plaza de Río de Janeiro, en el fondo de la cual hay un brazo del mar. Mi gusto por el mar era tal que, a veces, asistiendo a las sesiones, me venía a la mente: “Cómo sería interesante si yo pudiese estar mirando el mar. Por ejemplo, desde una pequeña terraza de madera amarrada a unas estacas, sobre el agua, acompañando el movimiento de la marea”. Aquello me distraía a punto de tener que hacer un esfuerzo con mi inteligencia para prestar atención a las arengas, tanto era mi gusto por el mar.

Sin embargo, nunca se me pasó por la cabeza imaginar a un hombre que, estando en el mar, pensara en la tierra. Entonces, a alguien que encontrándose en un navío, viendo la tierra de lejos, pensara: “¡Ah, qué delicia aquella tierra! Pisar suelo firme...”. Para que el suelo sea agradable, es necesario cubrirlo con piedras bonitas, con alfombras, para sentirnos a gusto encima de él...

Por el contrario, con el mar no. ¡El mar es agradable! Bajo cierto punto de vista, cuanto más una persona pueda estar en el mar, sin pisar nada que recuerde la tierra, me-

Por. Si está nadando, metida en el agua, que ejerce sobre ella una atracción extraordinaria, tanto mejor. Es la fascinación producida por un elemento donde el hombre realmente no vive, pero en el cual tiene la impresión de que la vida sería ideal.

Palacios y jardines, nostalgia del Paraíso

En cierta ocasión, estando en Petrópolis, en Río de Janeiro, vi por primera vez a un hombre volar en parapente. Percibí que desde el lugar donde me encontraba hasta el panorama marítimo de la bahía de Guanabara no demoraba mucho tiempo. Y noté que desde arriba el hombre estaba mirando la bahía, realizando así la convergencia de dos sueños: el agua y el aire. Me pareció delicioso estar allá arriba, a pesar de inseguridades no pequeñas. Pero él se movía con tal desenvoltura en el aire, que percibí que estaba enteramente seguro. Entonces, la idea de estar seguro planeando en el aire, lejos de la tierra y mirando el mar, era una cosa deliciosa.

De otro lado, hay una cosa que también atrae al hombre. No es propiamente la tierra, sino el palacio. Hojeando álbumes, viendo palacios lindamente decorados, los más antiguos con bellos vitrales, otros con pinturas lindas, o tapices bonitos, con un piso precioso, trabajado hábilmente con maderas de colores diferentes, formando diseños, con cuadros, muebles lujosos, y con el techo alto, el hombre es seducido por algo que esconde de todos modos la realidad común de la tierra donde él vive. El palacio es una especie de escondrijo donde, sin sentir la inestabilidad del agua y de la fluctuación del aire, la persona huye de algún modo de la tierra concreta y construye un sueño dentro del cual ella entra. Este es el palacio.

Además, para encubrir de algún modo la tierra, el hombre elabora jardines, a veces adornados con fuentes que hacen que el agua salte en el aire, cayendo después en estanques donde el elemento líquido refleja el cielo, el propio jardín y el palacio.

¿Cómo se explica que al hombre le guste tanto disfrazar la tierra? A mi ver, porque ella es exactamente el elemento que más traduce el castigo y el destierro del hombre por causa del pecado original. “Maldita sea la tierra por tu causa, con sufrimiento sacarás de ella el alimento todos los días de tu vida. Comerás el pan con el sudor de tu frente, hasta volver a la tierra de la cual fuiste sacado” (Gen 3, 17.19).

La tierra es presentada como un lugar de exilio donde es duro trabajar, es preciso regar con el sudor de la frente, o sea, es penoso obtener algún resultado. Ella es prosaica, no presenta colores lindos, ni maravillas de ninguna especie. A mi ver, por donde más sentimos la nostalgia del Paraíso es precisamente en el contacto con la tierra.



Petra K.

Palafitos para protegerse contra las fieras

Pasemos ahora a una remota reminiscencia para que comprendamos los designios de la Providencia, y como Ella dispone todo de modo maravilloso.

Como demuestran las investigaciones arqueológicas, hubo pueblos en la Prehistoria que, llevados por el recelo a los animales feroces, construyeron palafitos, conjuntos de estacas que sustentaban las casas construidas sobre las aguas. En la noche quitaban unas tablas que les servían de puentes entre los palafitos y la tierra. Los animales rondaban alrededor de las casas, pero no hacían daños. El agua los protegía.

Podemos imaginar la sensación de progreso experimentada por esos primitivos cuando les construyeron la primera casita, y, a la noche, oían el rugir de las fieras en la selva: en vez de quedar temerosos, como en los tiempos en que vivían en grutas o cabañas, en las que un animal feroz podía de repente irrumpir, dormían tranquilos y abanicándose deliciosamente, porque la fiera ya no constituía un peligro. ¡Que “civilización”!

Fue de una situación análoga a esa que, del pánico de los que habitaban un lugar pantanoso e inconsistente, nació una de las mayores bellezas del universo. El lugar ocupado hoy por Venecia, otrora era muy pantanoso.

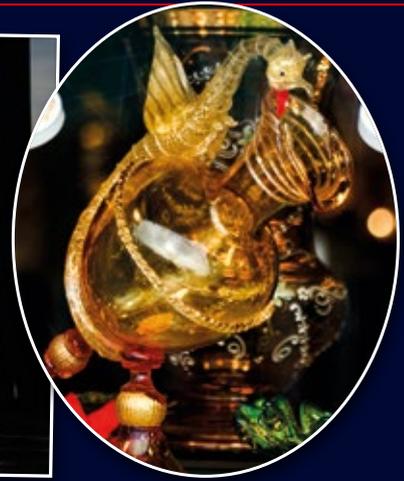
Uno de los lugares más bonitos de la tierra

En cierto momento, un guerrero terrible, Atila, bajó con sus hunos a través de Hungría, invadió Italia y fue zurrando todo en el camino. El pavor que los latinos civilizados tenían de Él era tal que se expresó por una metáfora muy poética: donde pisaban las patas de su caballo nunca más crecía la hierba.

Las poblaciones de aquellas regiones quedaron con pavor de Atila y se internaron en sus pantanos, procurando lugares de más resistencia para permanecer allí, donde,



Gabriel K.



Vicente Torres

más o menos, repitieron los palafitos.

Esos pueblos después fueron bautizados, y el Bautismo ope-

ró en sus almas el efecto regenerador que le es propio; y de primitivos, más o menos vagabundos, pasaron a ser hombres de trabajo que, seducidos por las aguas del Mar Adriático, se entregaron a la navegación. Se tornaron grandes navegantes y se dedicaron al comercio, pasando a ser la mayor potencia marítima del Mar Mediterráneo.

Las riquezas aflúan a Venecia y con ellas las posibilidades de trabajo, de organización. Aquellas islas resultantes del antiguo pantano fueron consolidadas, arregladas, hicieron correr agua donde otrora había lodo. Las casas fueron mejorando, las aguas se tornaron de tránsito fácil y, en lugar del antiguo pantano, se constituyó un archipiélago que fue llenándose de palacios de una belleza famosa en el mundo entero.

Y allí, en vez de un jardín que Venecia no tiene, nació para el hombre este sueño que se realizaba: vivir en un palacio en la orilla del agua, con un cielo lindísimo. El cielo de Venecia es una especie de cielo de los cielos, el color y las brumas son una belleza, los anocheceres son lindísimos. Y se realiza así ese punto de elección que es esa especie de paraíso hecho por el hombre, por su fantasía, por su talento, por su capacidad de trabajar, por su deseo de lo maravilloso, cosa tan distinta del hombre contemporáneo.

Entonces, se realizó en Venecia ese punto de encuentro donde la tierra fea, otrora pantano, está cubierta por el piso de los palacios, el pantano está cubierto por las aguas del mar que corren, el cielo maravilloso y las aguas se besan, formando uno de los lugares más bonitos de la Tierra.

Maravilla que nació de la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo

El centro de esta narración está en penetrar un enigma. ¿Cómo pueblos tan primitivos pudieron realizar una cosa tan maravillosa? ¿Será porque se mezclaron con otros pueblos? A mi ver, si ellos no hubieran sido bautizados eso no se hubiera realizado. Puede ser que se hayan mezclado con latinos decadentes. Pero que del pantano del primitivismo y de la decadencia de las grandes ciudades en descomposición saliera una cosa así, ¿no era preciso un tercer elemento que hiciese una cosa verdaderamente más bella?

A mi juicio es evidente que sí. Es el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, cuya inmolación en lo alto del Calvario obtuvo las grandes regeneraciones morales. De esta Sangre, a propósito de cuya efusión Nuestra Señora lloró y de la cual resulta todo cuanto hay de bueno, de grande, de bello en la tierra, es que nacieron maravillas de estas, por la regeneración del hombre. Se bautizó, se volvió trabajador. Intensificó y disciplinó su deseo de lo maravilloso, las maravillas comienzan a nacer.

Fue buscando ese auge de la realización de lo maravilloso en la tierra que me puse a soñar sobre Venecia y a quererla. Desde mi primer viaje a aquella ciudad, mi espíritu estaba tomado por esta idea: yo estaba visitando una confluencia incomparable y paradisíaca de cosas maravillosas.

Se podría decir, no obstante, que algo más ocupaba en mí espíritu un gran espacio, un punto importante que procuraré condensar: de las varias obras primas existentes en Venecia, – ¡oh, misterio! – ninguna es tan grande y tan maravillosa como el hombre.

La "Serenísima República de Venecia"

Si Dios hubiera creado Venecia, pero la ciudad hubiera quedado sola para ser habitada por las palomas,

¿qué valor tendría ella? Mucho más que simplemente eso, existe en Venecia el estilo de vida, el estilo artístico veneciano, la cultura, las instituciones venecianas, que modelaron las fisonomías de los palacios. Y en el plan de la Providencia, el palacio es modelado por la cultura del hombre, pero lo auxilia a modelar después su propia cultura. Lo ayuda a refinarse. El cielo, el mar y la tierra fueron hechos para, – iluminando la casa o el palacio del hombre –, iluminar el alma de quién allí reside.

Esta es la dignidad del ser humano. Todo eso nos lleva al hecho de que la llamaban “Serenísima República de Venecia”. “Serenísima” es casi más bonito que Imperial y Real. Da la impresión de rociada por todas las calmas de la noche. “Su Alteza Serenísima”, por ejemplo, me parece un título lindísimo. Y la República de Venecia, por ser soberana y querer encajarse en la jerarquía nobiliaria y feudal de Europa, considerando que su jefe tenía la verdadera dignidad de un duque, tomó para sí el título de “Serenísima”.

Venecia era una república aristocrática, dirigida por una nobleza inscrita en un libro llamado “Libro de Oro”. Las familias promovidas a la nobleza tenían sus nombres inscritos en ese libro, y pertenecían a una clase social que elegía una especie de Cámara de los Lores. Había también, para las varias categorías de la plebe, cámaras, consejos, etc.

Desposorio de Venecia con el mar

A su cabeza estaba el Concejo de los Diez, cuyo jefe era un dux que usaba el birrete frigio de las repúblicas contemporáneas, cercado por una pequeña corona. Tratado como un príncipe, elegido cada diez años, pudiendo ser reelegido, el dux era el punto de partida de políticos finísimos, zancadillas habilísimas, más elegantes que los pasos de un minué; con la belleza de quién se habituó muy temprano a burilar la política como quién burila un cristal. Por cierto, por una coincidencia bonita, las fábricas de cristal comenzaron a aparecer. De ahí viene el famoso cristal de Murano. Hay cualquier cosa de cristalino en la República de Venecia.

Todo el mundo conoce la esplendorosa fiesta anual de Venecia. El dux, vestido con trajes fabulosos, iba hasta alta mar en un navío enchapado en oro, lla-

mado Bucentauro, seguido de un cortejo de embarcaciones con gente a bordo tocando violines y otros instrumentos. Al llegar a cierta altura, se hacía el desposorio de Venecia con el mar, lanzando en el fondo del Mar Adriático un anillo. En ese momento la música era llevada a su auge, la gente aclamaba. Al caer la tarde, todos volvían, en medio de los reflejos del agua del mar de Venecia, y la fiesta continuaba en la tierra. Aquellos canales eran recorridos por gente en góndolas, faroles bonitos iluminaban las terrazas, desde afuera de los palacios se percibía la luz de las fiestas que se estaban dando allí. El tintinar de las copas de cristal, los vítores, los cantos se prolongaban noche adentro.

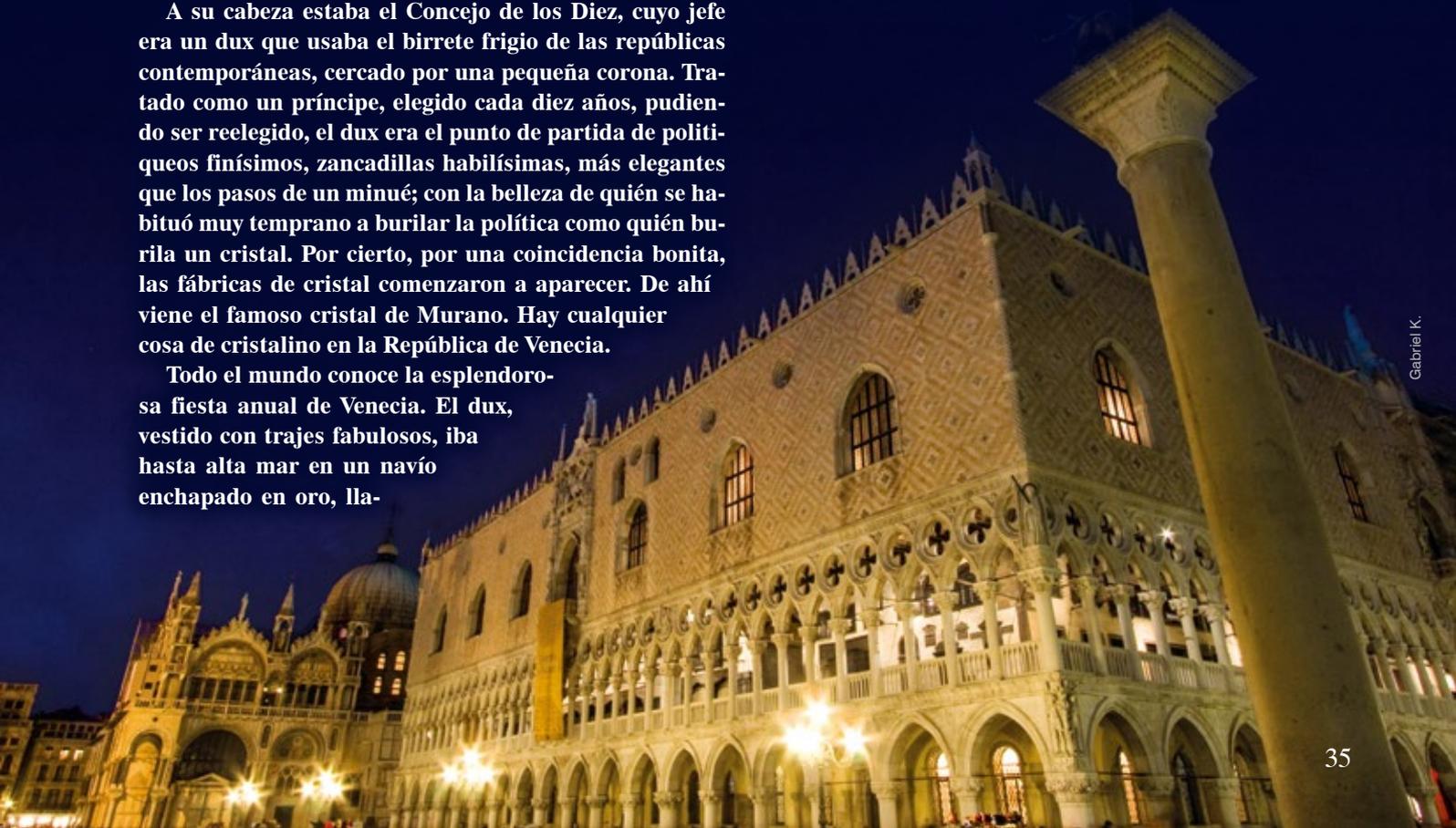
Si pasamos de ahí para los palafitos que constituían la primera Venecia, comprenderemos la enorme trayectoria recorrida en ese lugar verdaderamente privilegiado, donde la Providencia quiso reunir sus maravillas. ❖

(Continúa en el próximo número)

(Extraído de conferencia de 2/12/1988)



TYP (CC3.0)



Gabriel K.



San Miguel Arcángel
combate al demonio,
durante la Asunción de la
Santísima Virgen – Galería
Nacional, Parma, Italia

Guerreros implacables contra el demonio y sus secuaces

Se puede afirmar que todas las grandes almas que combatieron las diversas herejías, a lo largo de los siglos, fueron suscitadas especialmente por Nuestra Señora. Es lo que insinúa de modo muy bonito el blason de los claretianos, donde figura, además del Inmaculado Corazón de María, San Miguel Arcángel y, en lo alto, el lema: “Sus hijos se levantaron y la proclamaron bienaventurada.”

Esa presencia de guerreros que, como soldados de San Miguel Arcángel, se levantan para combatir a los enemigos de Dios, proclamando bienaventurado el Corazón de María, ¿no es también una forma de intervención de la Santísima Virgen, como magnífica aurora, en las tramas de la Historia? Por lo tanto, los verdaderos devotos de Nuestra Señora deben desear y pedir a Ella la gracia de ser esos guerreros de hierro, indomables e implacables contra el demonio y sus secuaces que, en nuestros días, buscan injuriar la gloria de la Iglesia inmortal de Cristo.

(Extraído de conferencia de 8/9/1963)